

La Ilustración Artística

Año XXII

BARCELONA 26 DE ENERO DE 1903

Núm. 1.100

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

DESCANSO EN EL BOSQUE

CUADRO DE JOSÉ MARÍA TAMBURINI

(Salón Parés)

El mejor y más adecuado calificativo que podemos dar á nuestro distinguido colaborador, el celebrado artista José M.^a Tamburini, cuyas obras tantas veces hemos tenido ocasión de alabar cual se merecen, es el de pintor poeta. Mas no se entienda esta palabra en el sentido de fantaseador que viste con ricas galas los productos de su imaginación, sino en el de espíritu superior, dotado de una sensibilidad exquisita para percibir lo bello en las más sencillas manifestaciones de la naturaleza y de un talento perfectamente equilibrado para tra-

zar en la tela las bellezas percibidas y comunicar á los demás la emoción por él tan honda é intensamente experimentada.

Un rincón de bosque, una pradera, un jardín, la primavera con sus encantos, el estío con sus rigores, el otoño con su melancolía, el invierno con su tristeza, todo es fuente de inspiración para Tamburini, quien, en el paisaje que otros contemplarán con indiferencia, descubre elementos de poesía subyugadora cuyo secreto parece reservar la madre tierra solamente á los escogidos.

Y así sucede que, al mirar un cuadro suyo, la naturaleza se ofrece á nuestros ojos más hermosa de lo que nosotros mismos la hemos visto, y no porque el pintor la copie á su capricho, sino porque al reproducirla, ha sabido, por decirlo así, fijar en el lienzo el alma de la misma.

Análogo procedimiento sigue en las figuras que en sus composiciones entran; sin apartarse de la realidad logra idealizarlas, armonizándolas con el paisaje é identificándolas de tal manera con el tono y el sentimiento general de la obra, que la conjunción de uno y otras constituyen siempre un todo homogéneo, indivisible, realzado por una pureza de líneas y una suavidad de colores sorprendentes.

El cuadro que al pie de estas líneas reproducimos y que figuró en la Exposición que en el Salón Parés organizó la Sociedad Artística y Literaria de Cataluña, de la cual forma parte el pintor á que nos referimos, es la mejor demostración de nuestros asertos: *Descanso en el bosque* es un delicioso idilio, en el que se admiran el corazón de un poeta y el genio de un pintor.



DESCANSO EN EL BOSQUE, cuadro de José María Tamburini
(Salón Parés. - Exposición de la Sociedad Artística y Literaria de Cataluña)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. Siguiendo al muerto*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos*. — *Urashimataro. Cuento japonés*. — *República Argentina. Buenos Aires. Exposición Larravide en los salones de A. S. Witcomb*, por Justo Solsona. — *El corazón de Rosita*, por E. García Ladevese. — *El rey del mundo*, por Emilio Dugi. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *El dueño del molino*, novela ilustrada (continuación). — *Ex libris dibujados por F. H. Ball, Alejandro de Riquer, J. Triadó y H. Gannaway*, por A. García Llansó.

Grabados. — *Descanso en el bosque*, cuadro de José María Tamburini. — Dibujos que ilustran el cuento japonés *Urashimataro*. — *El notable pintor uruguayo D. Manuel Larravide*. — *En la dársena de Buenos Aires*. — *Bahía de Río Janeiro. Efecto de luna*, cuadros de Manuel Larravide. — *Los hijos de los príncipes herederos de Sajonia*. — *Estudio*. — *Invierno*, cuadros de Guillermo de Grau. — *Traicionada*, cuadro de A. Corelli. — *El cardenal Parocchi*, fallecido en Roma en 15 de los corrientes. — *M. Enrique Blowitz*, célebre corresponsal del *Times*, fallecido en París en 18 de los corrientes. — *Ex libris dibujados por F. H. Ball, Alejandro de Riquer, J. Triadó y H. Gannaway*. — *Una partida de croquet*, cuadro de Juan Lavery.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SIGUIENDO AL MUERTO

No han faltado acontecimientos en esta quincena. El cautiverio y extradición de los Humbert, con la revelación de los orígenes de su captura, revelación que confirmó mi aserto relativo al probable olfato de nuestra policía; las alarmas y temores infundidos por la guerra marroquí, reguero de pólvora que puede, de un momento a otro, prender fuego a nuestra casa; y la muerte de D. Práxedes Mateo Sagasta — una de las dos columnas que limitaban nuestro Estrecho político, — han dado larga tela a la prensa diaria y llenado sus columnas multiplicando esos números de a seis páginas que cuestan como de a cuatro y nunca acaban de leerse. Sagasta, en especial, ha ocasionado un desate de artículos biográficos, en los cuales reviven y palpitan memorias ultrarrevolucionarias, mezcladas y confundidas con reminiscencias del espíritu monárquico más ferviente. ¡Extrañas biografías las de los políticos! ¡Lástima de Plutarco que las sazonase con sus reflexiones, impregnadas de clasicismo y de pagana sabiduría!

* *

Y yo digo que el que acaba de bajar al sepulcro fué un hombre tan feliz como se puede ser en esta malhadada vida; al menos, se podría jurar por los datos visibles (aunque nadie sabe lo que cada cual lleva dentro, en la caja de las penas). Una influencia benéfica convirtió para él en flores los que para otros fueron abrojos ensangrentados. De sus compañeros y amigos, los revolucionarios de 1854, 1866 y 1868, ¡cuántos han vegetado obscuramente, cuántos perdieron vida y hacienda! A infinitos los ha olvidado la historia; de varios inscribió el nombre con caracteres sombríos. La fiebre y el abandono al pie de cenago charco fueron para Sixto Cámara; las balas y las postas del alevoso tabuco para el héroe de Castillejos D. Juan Prim; la temprana desaparición para Calvo Asensio; la rápida impopularidad para Ribero; el eterno destierro para Ruiz Zorrilla; la labor de pluma forzada, los ahogos económicos, el alejamiento gradual de las perspectivas del poder y del mando, para el gran Castelar; el retraimiento modesto, entre penumbras de olvido, de ese fácil olvido de los pueblos perezosos de inteligencia, para D. Francisco Pi... Y entretanto Sagasta, procedente de donde ellos procedían, llegaba a la cumbre del poder y a la meta del triunfo, y no sólo llegaba, sino que se sostenía y arraigaba en ella, con firmeza prodigiosa de institución secular. Sin los arrestos de Prim; sin la perseverante convicción de Ruiz Zorrilla; sin el prestigio europeo, universal, de Castelar; sin la sapiencia y la previsión de Pi, Sagasta los eclipsaba a todos, se colocaba fuera del alcance de los sucesos, incommovible, perpetuo, imprescindible, indispensable — por una de esas fortunas históricas de las cuales no faltan ejemplos en este siglo, y no sólo en el terreno político, sino en el literario; y dígalo la suer-

te de Víctor Hugo, que recogió él solo toda la aureola y toda la herencia del vasto y complejo período romántico. — Cuanto hizo España en pro de la libertad; cuantos esfuerzos convulsivos, cuanta sangre vertida representa el planteamiento del sistema constitucional, el afianzamiento de la dinastía isabelina, el estado de derecho presente, y asimismo todo lo que (¡curiosa dualidad!) se luchó para lanzar del trono a esa misma dinastía; cuanto se llama «herencia de la revolución» desde 1868 acá, redundó muy principalmente en favor de la personalidad de Sagasta, y le llevó, de un modo insensible, a ejercer su mansa dictadura política, sin riesgos y casi sin contradicciones. La «gloriosa» otorgó al diestro conspirador, al infatigable agitador, la cartera de Gobernación, y en su desempeño, reinando D. Amadeo de Saboya, sufrió fracaso tal, en la célebre cuestión de la *transferencia*, que hubo de retirarse confesándolo, y ni acta de diputado tuvo en las elecciones siguientes. Pasajera fué, sin embargo, la sombra que veló su buena estrella: el golpe de fuerza de Pavía le sacó a flote otra vez, haciéndole ministro de Estado y poco después presidente del Consejo. La restauración de la monarquía de Alfonso XII, lejos de relegarle a segundo término, le infundió nuevos bríos: la jefatura del partido liberal se le apareció con sus infinitas promesas, sus ilimitados horizontes. Y ya ni el alzamiento republicano de 1883, ni los fusilamientos que lo terminaron, ni la disidencia izquierdista, ni la nueva insurrección de 1886, tan imprevista por el gobierno sagastino como temible en los primeros instantes; ni la famosa cuestión de los *subalternos*, que dió claras señales de la debilidad con que se gobernaba; ni la guerra de Cuba, ni la de Filipinas; ni los inmensos, apocalípticos desastres de Santiago de Cuba y Cavite; ni el tratado de París y la pérdida de los últimos restos de nuestra soberanía colonial, influyeron para restar a Sagasta una sola probabilidad de ser llamado a formar gobierno en el punto y hora en que cesasen de presidirlo Cánovas y luego Silvela, los conservadores, en suma; ni mermaron su popularidad, ni turbaron la calma de su edad propecta, su vejez cada día más colmada de honores.

En esta etapa postrera había dado mal despacho, con agravios, pesadumbres y decepciones, a tres personajes de la talla de Gamazo, Romero Robledo y Canalejas; pero sin cuidado le tenía... En otras peores se había visto, siempre acompañado de la favorable estrella a que antes me referí... ¿Estrella?

* *

Hay *estrellas*, quién lo duda: hay en política, como en el juego, extrañas, tercas corrientes, *venas*, *rachas*, algo que no explica la razón. Pero hay, en política al menos (y si se estudiasen bien, hasta en el juego se comprobarían), efectos del carácter, adaptaciones singulares de la personalidad a las circunstancias y al medio, más eficaces, para asentar una dictadura del género de la que ejerció Sagasta, para crear una oligarquía como la que él creó, que otras cualidades de orden más elevado y genial. Cánovas necesitó, para lograr lo que Sagasta, doble esfuerzo, doble fatiga; él pasaba la mano a contrapelo; mientras Sagasta, que estaba en el secreto, halagaba pelo abajo el espinazo del pobre envejecido león nacional, y cuando por casualidad el león, en vez de hacer la carretilla, iniciaba un rugido, se apartaba, le daba tiempo a que se calmase, y volvía... Jamás falló esta táctica.

* *

Hoy se recuerda con interés una ingeniosa y acertada semblanza de Sagasta, escrita por Miguel Moya: muchos periódicos la han reproducido entera: yo sólo reproduciré unos párrafos, en confirmación de lo antedicho.

«Sagasta, que es en la oposición un incansable e invencible combatiente, se retira a la vida privada en cuanto le nombran presidente del Consejo de Ministros. Cuando lucha, lo quiere hacer todo: cuando ha vencido, sólo encuentra placer en no hacer nada. Habla con el fuego de la pasión a sus correligionarios; y como sólo les habla de lo que les interesa, y en un idioma familiar y sencillo, todos le entienden y todos le aplauden. Su mejor amigo es el tiempo. Su política ha consistido siempre en dejarlo todo para mañana. Ante las ingratitudes se sonríe; ante las rebeldías se cruza de brazos; ante los conflictos se encoge de hombros. Una desgracia es para él como una ola. Baja la cabeza y la deja pasar. Por eso dijo a Martínez Campos que le iba a fusilar en Sagunto y luego fué ministro con él. Por eso ha podido gobernar con la República, con la

Restauración y con la Regencia. Por eso es... Sagasta.

»Es un jefe de partido y un jefe de Gobierno a la altura de todas las inteligencias y al alcance de todas las fortunas. En esto está su fuerza. En que no ha querido ser nunca sino el primero entre sus iguales. Eso de ser de casta superior lo deja para sus segundos... y para Cánovas.

»Cuando está en la oposición, habla para conquistar el poder: cuando está en el poder, para conservarlo. No teniendo que defender ó que combatir esto, no habla jamás: es mudo.»

* *

¿No es cierto que los parrafitos encierran una lección substancial de psicología, no sólo del político que acaba de bajar al sepulcro, sino del pueblo que, quince ó veinte días antes de la muerte de Sagasta, le saludaba, en una especie de plebiscito, como al primero de los gobernantes españoles?

Hasta en esto la estrella lució para él, sobre su lecho de enfermo valetudinario, entre las arideces y terrores vagos del postrer período de la vida. Revolucionario sentenciado a garrote por un gobierno de Isabel II, al morir aclamado y cercado de simpatías, el rey Alfonso XIII deseó acompañarle a su última morada, la familia real vistió su luto, y su entierro en la basílica de Atocha fué una apoteosis. Este es el sinuoso curso de los sucesos, que en vano trataría nadie de regularizar. Los historiadores venideros, al estudiar la figura de Sagasta, encontrarán en ella, como encontró Moya, una personificación del alma española en las postrimerías del siglo XIX.

* *

Ahora... el problema que a todos preocupa es cómo se substituye al jefe de un partido necesario para el equilibrio inestable de la política. Y aquí sí que desafío al más avisado y al mejor profeta a que haga vaticinios. La política, nuestra política, burla toda previsión; parece una divinidad hija del Acaso y de la Noche.

¡Quiera Dios que esos ciegos númenes, patronos de nuestros destinos, nos den una hija sana, bien conformada, una deidad robusta, fuerte, iniciadora, previsora, cual la habemos menester! Porque de aplazamientos, habilidades, diabluras, chirigotas, contemporizaciones, vaguedades y demás artificios tan clásicos como el garbanzo y que representan el agarbanzamiento de nuestra política, francamente, estamos cansados... Es decir, estamos cansados *algunos*, que sentimos hambre y sed de otra España. ¿No es verdad, padre Joaquín Costa?

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

La tolerancia es una virtud difícil; nuestro primer impulso y aun el segundo es odiar a todos los que no piensan como nosotros.

JULIO LEMAITRE.

Los poetas son hombres que han conservado sus ojos de niño.

ALFONSO DAUDET.

De una confianza a una indiscreción no hay más distancia que la que media de la oreja a la boca.

PETIT-SENN.

La testarudez es la fuerza de los débiles; la firmeza es la testarudez de los fuertes.

LAVATER.

Conviene que haya egoístas para hacer resaltar las abnegaciones.

MARÍA ADVILLE.

China es un país en donde algunos centenares de millones de chinos vivos están dominados por millares de millones de chinos muertos.

PEDRO LOTI.

No es malo haber sido joven creyente y piadoso, aun ó sobre todo cuando se convierta después en libre pensador.

Siguiendo las corrientes de la moda, es sucesivamente de buen tono aparecer más honrado ó más corrompido de lo que se es en realidad.

La razón desautoriza todos los excesos; la moral los condena; la naturaleza hace más, los castiga.

G. M. VALTOUR.

En materia de comercio y de industria, el primer ocupante no conserva su puesto sino cuando sabe defenderlo y continúa mereciéndolo.

JORGE BLONDEL.



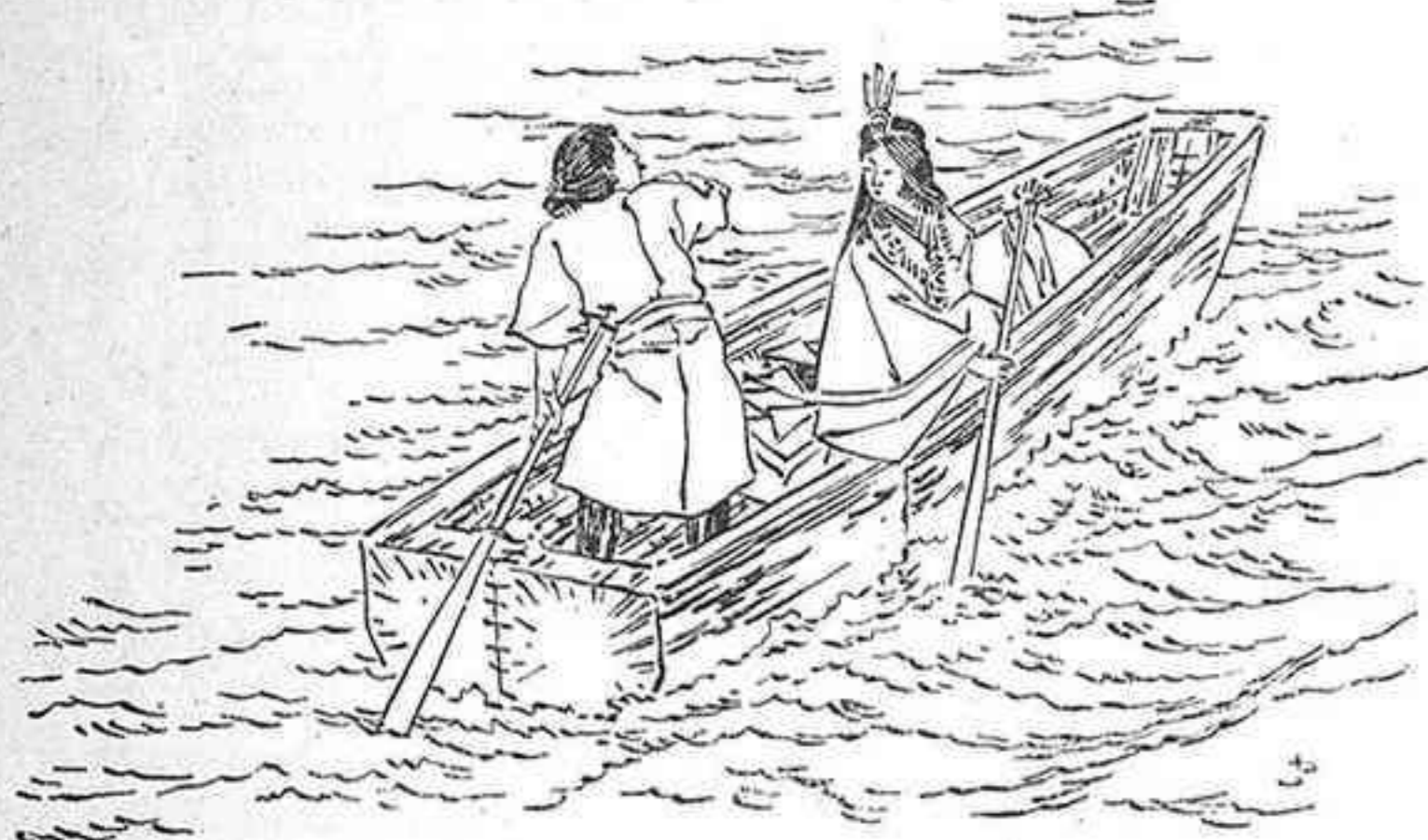
Ten compasión de mí, le dijo.
¿De qué puedo servirte?

Mientras dormía surgió del fondo de las olas
una joven hermosísima...

URASHIMATARO,

CUENTO JAPONÉS

Érase una vez cierto matrimonio que habitaba junto á la costa y se mantenía de la pesca. Un solo hijo hacía las delicias de los dos ancianos; y como era un buen muchacho y animoso por añadidura, jamás se quejaron aquéllos de su dura suerte y, antes al contrario, pasaban satisfechos los días de su vida. Llamábase el tal hijo Urashimataro, que quiere



Y empujando él un remo y la hermosa princesa otro, bogaron hasta la mansión...

decir «hijo de la isla,» y era un mozo guapo y dotado de excelente corazón; y como ayudaba á su padre en su oficio de pescador, veíasele cada día hacerse á la mar lo mismo con bueno que con mal tiempo. Nadie en la aldea, que por su pescado era famosa en toda la comarca, se aventuraba tanto como él mar adentro, por lo que á veces les decían los vecinos á sus padres:

— Si vuestro hijo continúa despreciando de tal modo el peligro, algún día le sucederá una desgracia; las olas le sepultarán y no le veréis regresar á vuestro lado.

Pero Urashimataro no se preocupaba de estas habladurías; y como sabía dirigir su canoa con brazo fuerte y sin miedo, sus padres tampoco pasaban por él cuidado alguno.

Una mañana hermosa, espléndida, al recoger sus redes y vaciarlas en su barca, encontró entre los pescados una pequeña tortuga, muy linda; y contentísimo de aquel hallazgo, colocó el animal en una vasija de madera. De pronto la tortuga rompió á hablar y le suplicó que le conservara la vida.

— Ten compasión de mí, le dijo. ¿De qué puedo servirte? ¡Soy tan joven y tan pequeña y tengo tantas ganas de vivir! Si de mí te apañas y me dejas en libertad, te estaré agradecida, te lo prometo.

No necesitaba más para dejarse convencer el bueno de Urashimataro, que nunca había sabido negar un favor que le pidieran;



Y cogiendo una cajita se la entregó á Urashimataro...

así es que cogiendo al animal lo arrojó al mar. Poco después, Urashimataro, vencido por esa languidez de un sofocante día estival que convida al reposo, quedóse profundamente dormido en su bote, y mientras dormía, del fondo de las olas surgió una joven hermosísima que entrando en la lancha le dijo:

— Escucha, mancebo, soy la hija del rey de los mares y vivo con mis padres en el palacio del Dragón, en el fondo del mar. La tortuga que hace poco has salvado era yo; mi padre me había enviado para averiguar si eras bueno ó malo; ahora ya sabemos que tienes buen corazón y que no te complaces en las crueldades, y por esto vengo á buscarte para que te cases conmigo y vivamos juntos durante mil años en el palacio del Dragón.

Consintió en ello Urashimataro; y empujando él un remo y la hermosa princesa otro, bogaron hasta llegar á la mansión donde vivía y gobernaba el dios de las aguas, rey de todos los dragones, tortugas y peces. Admirado quedó el mancebo al contemplar aquel palacio de proporciones gigantescas, construído de cristal y costosa piedra, de oro y plata, de rojos corales y brillantes perlas que lanzaban vivos destellos; pero mayor aún fué su asombro cuando vió las maravillas que en su interior atesoraba el magnífico edificio.

Casóse Urashimataro con Otohímé, que así se llamaba la princesa, y su existencia fué completamente dichosa. El tiempo transcurría entre placeres. ¿Cuánto tiempo transcurría? Urashimataro lo ignoraba y no le importaba saberlo.

Pero de pronto, en medio de tanta felicidad, acometióle un ansia indescriptible de ver de nuevo á sus ancianos padres, y por más esfuerzos que hizo para ocultar este sentimiento, no le fué posible conseguirlo. Una mañana apoderóse de él tan honda tristeza, que Otohímé, viendo que con nada podía alegrarle, le preguntó la causa de su pesar, á lo que el mancebo contestó sinceramente que sentía irresistibles deseos de ver á sus padres, y que, de no realizar tales deseos, la vida le era imposible. La princesa escuchó tales palabras con verdadero terror; en vano le hizo comprender que la satisfacción de su capricho entrañaba para él los mayores peligros.

— Te perderé para siempre; nunca más volveré á verte, le dijo anegada en llanto.

Pero Urashimataro se mostró inflexible, exclamando lleno de amargura y con el corazón oprimido:

— Necesito volver á mi patria, ver de nuevo á mis padres; pero tan pronto como haya satisfecho este deseo, volveré á tu lado, si así me lo ordenas.

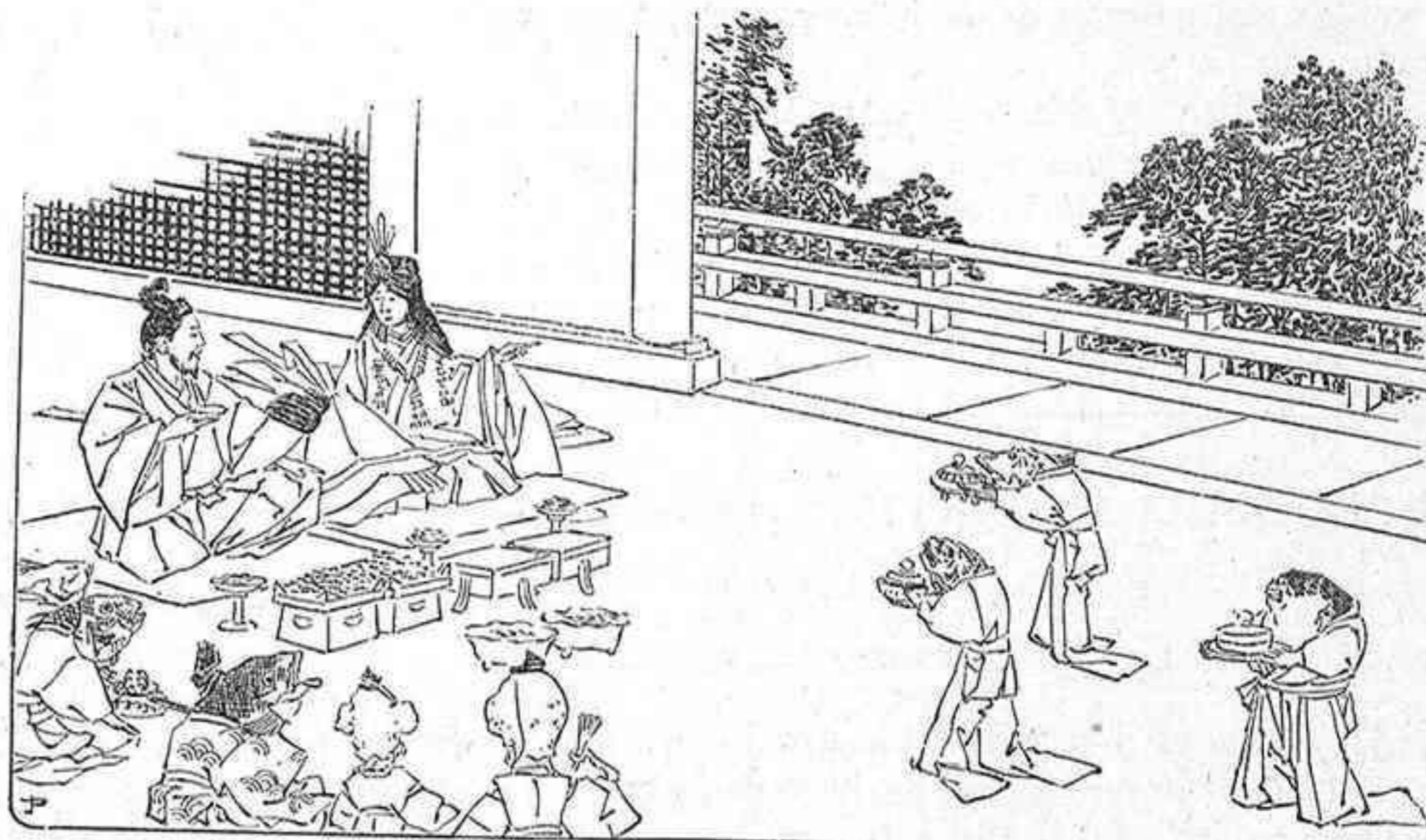
La princesa bajó la cabeza tristemente y prorrumpió en hondos sollozos.

— Hay un medio, dijo, para que con seguridad vuelvas á mi lado, pero temo que no podrás cumplir la condición que para ello se requiere.

— Haré cuanto sea preciso, contestó Urashimataro contemplándola amorosamente.

Mas la princesa no por ello se regocijó, pues un presentimiento le decía que había de perderle para siempre. Sin embargo, levantóse y cogiendo una cajita se la entregó á Urashimataro, conjurándole con las palabras más expresivas á que nunca la abandonara y sobre todo á que jamás la abriera.

— Si cumples esta condición, díjole al tiempo de despedirse de él, no tienes más que llamarme desde la playa, y acudiré en tu busca para traerte aquí nuevamente.



El tiempo transcurría entre placeres

Dióle las gracias conmovido Urashimataro, y una vez más le juró que cumpliría fielmente su promesa. Y ocultando cuidadosamente la cajita entre sus vestiduras, montó sobre una tortuga que le estaba esperando y que echó á andar, mientras la princesa le veía alejarse tristemente.

Tres días y tres noches nadaron Urashimataro y su compañera, arribando por fin á la playa, en donde la tortuga se despidió, volviendo luego á desaparecer debajo de las olas.

Alegre y con paso presuroso encaminóse Urashimataro á su aldea, contemplando el humo que de las casas se escapaba y los viejos techos de paja que se destacaban sobre el verde fondo de las arboledas, escuchando los alegres gritos y aclamaciones de los chiquillos, oyendo los sonidos del koto (1) que salían de una cabaña, y sintiéndose, en una palabra, feliz y satisfecho de encontrarse nuevamente en su tan deseada patria.

¡Pero cómo se le oprimió el corazón al recorrer las calles del pueblo! Todo en éste estaba cambia-

(1) Instrumento de cuerdas.

do; ni una casa, ni una persona le eran conocidas. Dirigióse precipitadamente á la vivienda de sus padres: allí estaba realmente, pero ¡cuán cambiada! Lleno de angustia preguntó á los que la habitaban por los suyos; pero aquellas gentes ni de nombre les conocían, ni supieron darle noticia alguna de ellos.

Presa de la mayor emoción corrió al cementerio, único sitio en donde podría hallar consejo y ayuda en su desgracia, pues allí estaban todos los buenos dioses, que le darían seguramente la clave de aquel misterio que tanto le atormentaba. Y no se engañó; al poco rato de buscar entre las tumbas, encontró las de sus padres, en cuyas lápidas había inscrito un año que no difería mucho del que marcaba el calendario cuando él fué conducido al palacio del Dragón. Rezó sus oraciones sobre aquellos sepulcros, y mirando á su alrededor, vió escritas fechas más recientes, acabando por convencerse de que habían transcurrido tres siglos desde que abandonara su patria.

Asombrado por tal descubrimiento, regresó á la aldea, y allí supo que lo que las inscripciones le dijeran era realmente cierto. Creyendo que tal vez era víctima de un maleficio del cual podría librarle la cajita de la princesa Otohímé, echó mano de ella y casi mecánicamente la abrió. Un vapor purpúreo se escapó del misterioso objeto, y al mismo tiempo Urashimataro vió con espanto que su mano, un momento antes robusta y fresca como la de un adolescente, habíase vuelto contraída, rugosa, huesuda como la de un anciano decrepito. Encaminóse al claro manantial que del monte descendía, y en su tersa superficie vió reflejada su imagen, que era ni más ni menos que la de una momia. Rendido por la fatiga, extenuado, arrastróse por la aldea, y nadie reconoció en aquel viejo al vigoroso joven que una hora antes se paseaba por aquellas calles. Como pudo, llegó hasta la orilla del mar, y sentándose sobre la arena llamó en vano á la princesa; ésta no acudió á su llamamiento y la muerte no tardó en hacer presa en él. Poco antes de morir tuvo tiempo para contar sus aventuras á la gente que acudió á la playa para consolarle y que á su vez las refirió á las demás del pueblo, ensalzando al hijo piadoso que por amor á sus padres había renunciado á las maravillas del palacio de la hermosa princesa del mar.

Y aun hoy en día se le ensalza; y cuando un hijo se aleja de sus padres, éstos le recomiendan el ejemplo de Urashimataro, para que ni aun rodeado de las mayores dichas, olvide nunca á los que le dieron el ser ni á la patria en que vió la luz primera.

REPUBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES

EXPOSICIÓN LARRAVIDE

EN LOS SALONES DE A. S. WITCOMB

D. Manuel Larravide es un joven que apenas cuenta treinta años, y ya se ha conquistado nombre y fama en el mundo del arte pictórico.

Nacido en la capital de la vecina república Oriental del Uruguay, en la culta y pintoresca Montevideo, recibió las inapreciables lecciones del tan justamente alabado y ensalzado pintor Sr. Blanes, cuya reciente muerte llora el Arte. Blanes fué para el Sr. Larravide compatriota, maestro y amigo. Sus desinteresados consejos cayeron en terreno apropiado y dieron opimos frutos por lo bien aprovechados como hombre y como artista, porque el Sr. Larravide posee en armónico consorcio la bondad, nobleza de corazón, emoción estética, amor al estudio, inteligencia clara y un entusiasmo lleno de fe sin desfallecimientos por el arte que cultiva.

Sus últimos viajes por Europa, sus detenidas visitas á los centros artísticos, sus observaciones constantes en las largas navegaciones, han dado por efecto el perfeccionarse en grado sumo en lo que podemos llamar su especialidad: las marinas. El señor Larravide es un verdadero marinista; y del estudio de sus obras claro se desprende el entusiasmo que siente por todo lo que está relacionado con el mar. Se ve que lo siente, que lo ama; que la inmensidad del oceánico ambiente está en su alma juvenil; que se recrea en hallar detalles de transparencia, de color, de movimiento; en la lucha de los elementos viento y agua; en el estudio de las naves veleras

corriendo un temporal ó capeándolo; en la agrupación de embarcaciones de distintas clases y portes en radas y puertos; en la delineación y perfecto dibujo de grandes vapores transatlánticos, todo en



Lleno de angustia preguntó á los que la habitaban por los suyos

concordancia con el estado del cielo, de la luz, de la dirección del viento, del embate y forma, á veces caprichosa, de las olas, del aparejo; resultando característica la representación é interpretación del cuadro en sus menores detalles. Parece como que el Sr. Larravide haya pasado largos años navegando, no sólo en buques de vela de distinto aparejo y diferente tonelaje, sino que también en faluchos costeros, en barcas de pesca, en vapores de los ríos y en paquetes de alto bordo, porque en sus obras se admira el acierto y la verdad de lo tratado con conocimiento de causa, cosa difícilísima á nuestro ver, por cuanto buena parte ó la gran mayoría de pintores marinistas que se han salido de lo que se ve desde tierra, han desbarrado grandemente al querer tratar embarcaciones en alta mar, sea con bueno ó mal tiempo, lo que no sucede con las marinas del Sr. Larravide. Lo dicho no quiere afirmar que el jo-



Un vapor purpúreo se escapó del misterioso objeto

ven artista esté exento de errores; pero ellos, en gran parte, son hijos de no conocer la ciencia náutica en todas sus partes, especialmente lo concerniente á maniobras, pero no de falta de observación ni de falta de arte.

En la exposición celebrada en el salón Witcomb presentó cuarenta y seis obras, veintidós al óleo y veinticuatro á la acuarela; y unos y otras obtuvieron éxito tan brillante que sólo dos ó tres cuadros quedaron sin vender; explicándose este resultado por el mérito real que en ellas se encontraba, amén de lo simpático del género.

Los cuadros presentados por el Sr. Larravide al mercado argentino han sido inmediatamente apreciados por su bellísima factura, por su dibujo y colorido y por revelar en su autor una personalidad artística. De la justicia de estas apreciaciones podrán hacerse cargo nuestros lectores por los grabados que en la siguiente página reproducimos.

El Sr. Larravide tiene ante sí un bellissimo porvenir si persiste en el trabajo, en el estudio y en procurar la resolución de las infinitas incógnitas que guardan los mares.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires, noviembre de 1902.

EL CORAZÓN DE ROSITA

Entre las numerosas víctimas del terrible incendio de la Opera Cómica de París, la que más nos impresionó con su muerte fué Rosita de Almenares, que era por entonces en aquella capital una de las mujeres más hermosas de la colonia hispano americana. Su esposo D. Julián de Almenares, peruano riquísimo y de bastante más edad que ella, estuvo á punto de perder la razón al quedarse de pronto sin Rosita.

No habían tenido hijos, y al inconsolable viudo, que la amaba con delirio, no le fué dado ni el triste consuelo de ver los restos de su esposa. Una pulsera de Rosita, con su nombre hecho de zafiros, sacada de las cenizas humeantes con otras cien joyas, muchas de ellas desfiguradas y ennegrecidas, pertenecientes á multitud de infelices abrasadas por las llamas, fué todo lo que pudo conservar como recuerdo de aquella espantosa catástrofe en que bruscamente pereció su ventura.

Metió la pulsera en una pequeña urna de cristal, y contemplándola con dolor profundo, el desdichado D. Julián de Almenares se pasaba casi todas las horas del día.

Grabado en la memoria le quedó otro recuerdo penosísimo, el de los funerales de las sesenta y tantas víctimas del incendio, entre cuyos nombres estuvo leyendo durante toda la triste ceremonia el de la mujer ama-

da, con los ojos clavados en él como un visionario. No acababa de creer lo que veía. Parecía posible todo menos aquello... ¡Perder así, como por encanto, en plena felicidad, en plena dicha, á la adorada esposa que era su hechizo, y perderla para siempre! ¡Una separación impensada y eterna sin un último adiós, sin un supremo beso de despedida!.. El pobre D. Julián no acababa de resignarse á semejante infortunio.

Mas, forzosamente, tuvo que ir acostumbrándose poco á poco á su cruel soledad.

Cuando lo encontrábamos, alguna que otra vez, con el rostro desencajado y la mirada perdida como en un sueño, por los parajes más escondidos del Parque Monceau, comprendíamos lo que sufría y podíamos fácilmente observar que aún no se había curado la herida abierta en su alma.

Sólo muy de tarde en tarde íbamos á verlo á su hotel de la calle de Balzac algunos de los numerosos amigos que en vida de su esposa solíamos frecuentar sus salones, invitados por los dueños de la casa á las brillantes reuniones que allí había, muy celebradas en todo París, de las cuales, naturalmente, era Rosita el principal atractivo.

Mientras D. Julián, con lágrimas en los ojos, nos enseñaba la pulsera dentro de la pequeña urna, nuestra mirada insensiblemente se iba hacia un magnífico retrato de Rosita admirablemente hecho por Gaetán Roger, joven artista de grande inspiración, que con aquella obra magistral había obtenido uno de los primeros premios de pintura en la exposición anual del Salón de Bellas Artes.

El infeliz viudo, al sorprender nuestra mirada, solía decir contemplando con embeleso el retrato: — ¡Qué adorable mujer! ¡Qué ideal hermosura!.. ¡Y lo que más valía era su corazón!.. ¡Oh, el corazón de Rosita!

Y se echaba á llorar desesperado, clavando de nuevo sus ojos en la urna de cristal, donde los tenía fijos mirando la pulsera tristemente durante horas y horas.

Una tarde, saliendo del hotel de la calle de Balzac con el amigo Pepe Iriarte, me dijo éste al ir á separarnos en la esquina de los Campos Elíseos:

— ¿Qué habrá sido de Gaetán Roger? Desde la noche del incendio de la Opera Cómica no se le ha visto más por París, ni se ha vuelto á saber de él.

— En efecto, ¡es verdad!, murmuré yo haciendo memoria.

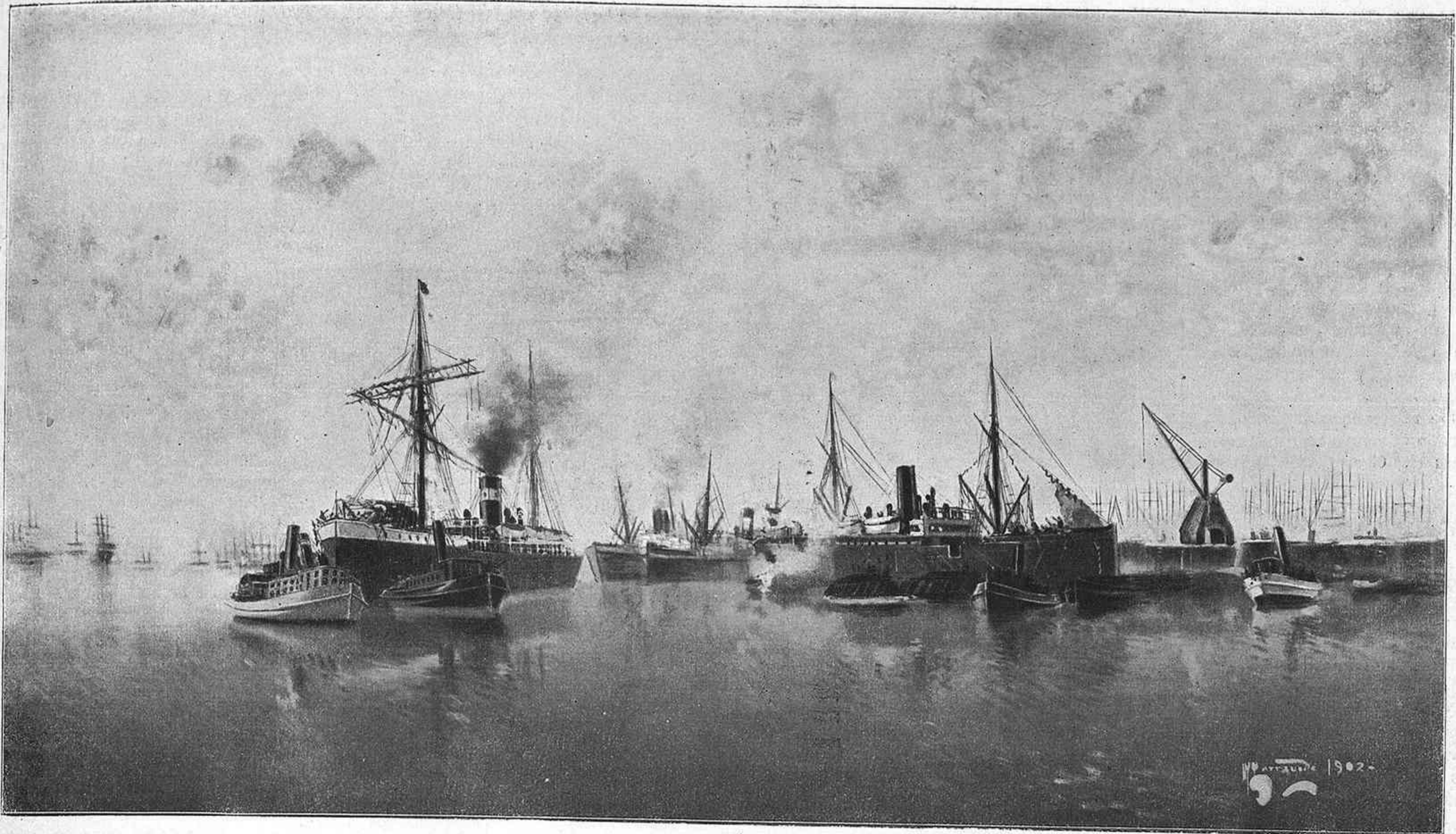
— ¡Ese es otro que estará en cualquier rincón del mundo llorando también á Rosita!, añadió Pepe Iriarte con cierto misterio.

— ¡Cómo! ¿Qué dices?, exclamé con sorpresa.

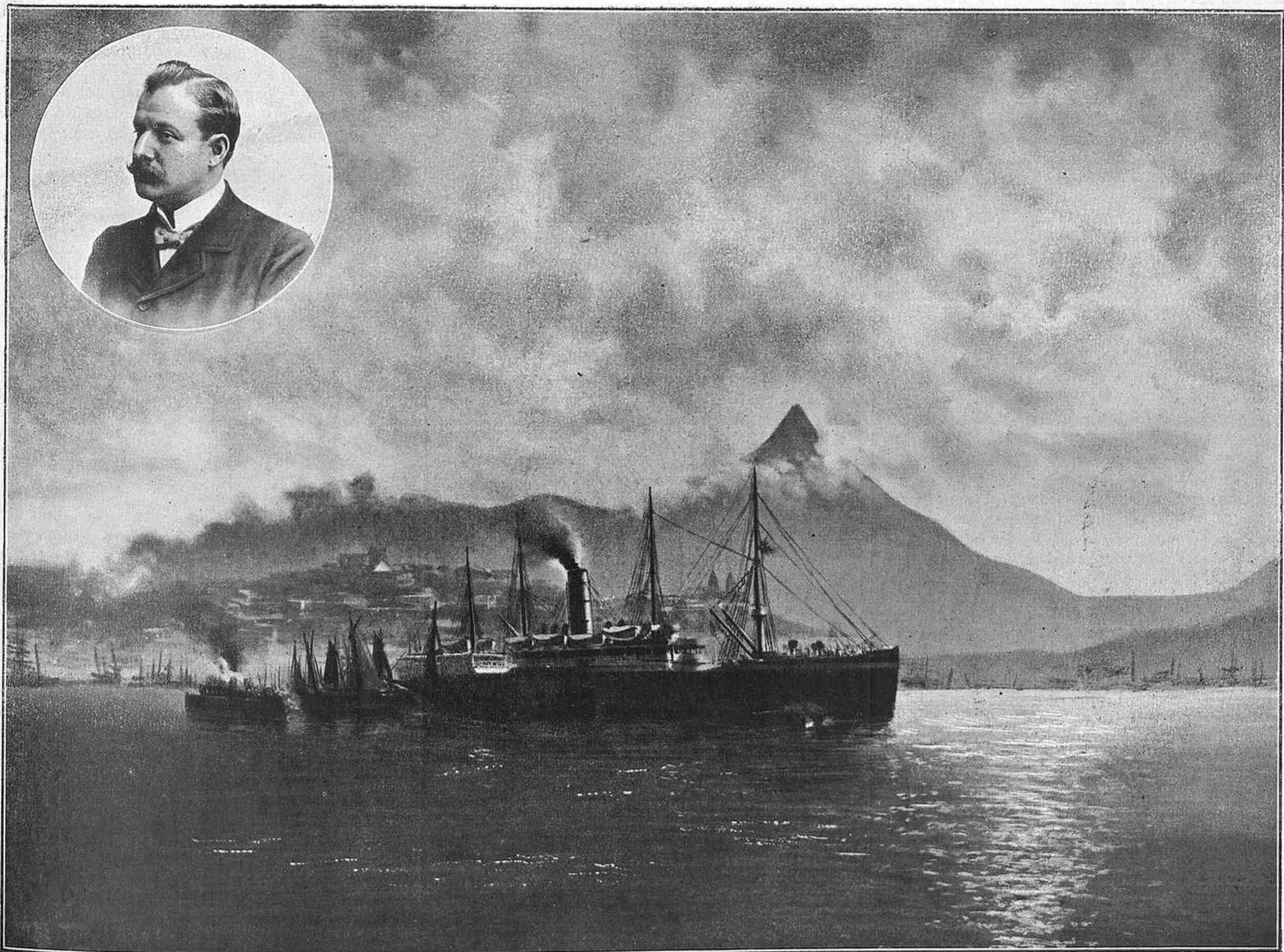
— Sí, continuó mi amigo. Gaetán Roger la amaba, y la amaba locamente. La seguía por todas partes como la sombra al cuerpo... En fin, ¡otro desesperado!.. ¡Otra víctima del horroroso desastre!

A los pocos meses, recorriendo las pintorescas orillas del lago de Ginebra, se me ocurrió visitar la isla del Cautivo, cantada por lord Byron, y me detuve en Villeneuve. El panorama tenía mucho de fantástico entre Villeneuve y Montreux, y el sol que se hundía en las aguas del lago realizaba con sus dorados resplandores la belleza incomparable de aquella mágica orilla del Léman, formada de jardines y de chalets al pie de graciosas colinas.

Al dar mi vapor la vuelta, muy cerca de tierra, á una quinta de árboles frondosos que en suave ondulación avanza por entre las serenas aguas del lago, y en cuyo centro se eleva un hotelito, casi oculto por el follaje, me creí transportado fuera de



REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. - EXPOSICIÓN LARRAVIDE EN LOS SALONES DE A. S. WITCOMB - EN LA DÁRSENA DE BUENOS AIRES, cuadro al óleo



REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. - EXPOSICIÓN LARRAVIDE EN LOS SALONES DE A. S. WITCOMB. - EL NOTABLE PINTOR URUGUAYO D. MANUEL LARRAVIDE
 Bahía de Río Janeiro. Efecto de Luna, cuadro al óleo

la realidad: tras de un arbusto, y medio envuelta en una oleada de flores, vi á Rosita sacando con curiosidad la cabeza á mirar el vapor que pasaba.

Sentí un estremecimiento.

— ¡Es ella! ¡Sí, es ella!, me dije.

Quise mirarla con más fijeza, una vez dominada mi primera impresión. Pero ya era tarde. El vapor había dado la vuelta, y todo había desaparecido tras de una doble muralla de arbustos y flores.

A nadie se lo conté jamás.

— Después de todo, pensé, sólo se trata acaso de una alucinación de mis sentidos, exaltados por aquel cuadro maravilloso en un instante tan propicio á la visión de cosas imaginarias y sobrenaturales.

De regreso en París, oí decir una noche en nuestra mesa del Gran Café:

— ¿No saben ustedes la noticia? ¡Rosita de Almenares vive!

— ¡Bah!, exclamaron casi todos burlándose del que esto afirmaba.

— ¿Vive?, pregunté yo. ¿Pues no pereció abrasada en el incendio de la Opera Cómica?

— ¡Nada de eso! Pasa por muerta, pero se la ha visto viva y muy viva por los alrededores de Ville-neuve.

— ¡Es estupendo!, murmuré. Pero esas cosas, ¿son posibles?

Al poco tiempo, comíamos juntos varios amigos, al aire libre, en el restaurant de la Cascada, y un reporter de los mejor informados de la prensa parisiense, que iba en coche á escape, nos gritó al pasar cerca de nosotros:

— ¡Ya sabéis que vive Rosita!

Claro está que durante el resto de la comida ya no hablamos de otra cosa.

— ¿Lo sabrá el peruano?, dije yo.

Al día siguiente, uno de nosotros fué al hotel de la calle de Balzac.

No encontró á D. Julián de Almenares. El hotel estaba cerrado.

En la vecindad sólo sabían que el dueño de la casa se había ido precipitadamente, sin decir adónde, acompañado de su ayuda de cámara y de un viejo y fiel criado que desde hacía muchos años tenía á su servicio.

— ¡Figúrense ustedes, se le ocurrió pensar á Pepe Iriarte, lo singular del caso si ese pobre hombre, creyéndose viudo, se ha vuelto al Perú, adonde quizás no llegará nunca la noticia de que su mujer vive!

Mas no transcurrieron muchos días sin que supiéramos que D. Julián de Almenares se hallaba nuevamente en París y que estaba otra vez abierto el hotel de la calle de Balzac.

Al mismo tiempo, los periódicos de Ginebra publicaban la noticia de la desaparición, en los alrededores de Villeneuve, de una mujer hermosísima de cuyo nombre no existía ni el menor indicio.

— ¿Estará en París Rosita?, nos preguntamos todos.

Y algunos, aguijoneados por una curiosidad que se explica bien, corrimos hacia el hotel de Almenares.

Cuando yo entré iba dispuesto á las más hondas emociones, esperando detrás de cada puerta la aparición de la resucitada.

Aún creí más en todo esto al ver á D. Julián risueño y afable, mirando con satisfacción la pequeña urna de cristal donde guardaba la pulsera.

— ¡Ah!, exclamó después que nos saludamos. ¡Ya no es tan grande mi desdicha! Me habrán oído decir siempre que lo mejor de Rosita era el corazón... Me afligía mucho el no poseerlo... Pero ¡ya lo tengo! ¡Mírelo usted ahí! ¡Ese es el corazón de Rosita!

Miré, y lleno de terror, dentro de la urna, junto á la pulsera, vi un corazón.

Y D. Julián, sonriendo al contemplar la viscera amoratada, repetía:

— ¡Ese es!.. ¡Ya lo tengo!.. ¡Ya lo tengo!

E. GARCÍA LADEVESE.

EL REY DEL MUNDO

El café de mi barrio es un establecimiento modesto, que vive gracias á los ingresos domingueros. Los días festivos, desde las siete de la tarde hasta las doce de la noche, no hay una mesa disponible ni una silla donde sentarse. Empleados de poco sueldo, comerciantes modestos, horteras, artesanos y trabajadores á jornal, todos celebran la fiesta dominical, y las que caen entre semana, llevando á sus familias al café.

ello se comienza leyendo todas las noches los telegramas que sobre la guerra sudafricana publica el *Heraldo*.

Cuatro de los contertulios son *boers*, el quinto imperialista. La derrota y prisión de Methuen fué causa de una tremolina feroz y de que pasaran á mejor vida dos copas y una taza. Con otra derrota de los ingleses se queda sin vajilla el dueño del café.

Al lado de la puerta sienta sus reales el Senado, otra colección de viejos. Es tranquila, se disuelve á las diez en punto, y sólo se habla de tiempos pasados, del año treinta y tantos y de la degollina de los frailes. De aquella fecha parten todas nuestras desdichas, y si no viene una mano enérgica que nos meta en cintura, esto se lo llevará todo la trampa.

Un golpe de tos suele cortar al orador el resuello, y entonces pone punto al discurso con una pastilla, se líe en la bufanda, se sube hasta los ojos el cuello del gabán y vase. Los demás le siguen. El Senado levanta la sesión.

Al otro lado de la puerta y solo en una mesa, un hombre de unos cincuenta años, alto, enjuto, de cabellos grises, cortados al rape, escribe con febril diligencia cartas y más cartas. De vez en cuando levanta la cabeza y de sus ojos de un gris acerado parten fulgores febriles. El mozo, que es el mismo que á mí me sirve, le llama *Don Tosta-*

do. Todas las noches llega al café, pide al fosforero recado de escribir, y sacando del bolsillo un montón de pliegos en blanco, pónese á la tarea. A las doce de la noche se ha escrito ocho, diez, doce cartas, las pone los sobres, las mete en el bolsillo del gabán y á la calle. Así lleva muchos meses. No se le conocen amigos, ni compañeros de tertulia, ni se le han oído más palabras que una: «¡Café!», cuando el mozo se le aproxima.

El personaje tiene mucho de interesante y extraño. Mi curiosidad excitada quedó sin satisfacer á pesar de mis preguntas y pesquisas. De *Don Tostado* nadie sabía nada. Varias tentativas que hice para ponerme al habla con el consecuente escribidor tuvieron éxito deplorable, y mi curiosidad, espoleada por las dificultades, subía de punto cada noche. Era preciso acabar. Una noche me decidí. Me puse de acuerdo con el fosforero, y dirigiéndome al desconocido le rogué me prestara un sobre para una carta urgente. Me dió el sobre, y sin mirarme siquiera volvió é enfrascarse en su tarea. Le pagué el café. Inútil. Cuando le llegó la hora de hacerlo, no pareció extrañarle la nueva, no preguntó quién había sido, y salió con sus cartas en el bolsillo y sin darme las gracias.

El día siguiente era festivo. Contra mi costumbre fuí al café. Estaba lleno de bote en bote; mi hombre, solo en su mesa, emborrataba pliegos y pliegos. Le pedí permiso para sentarme á su mesa. Sin levantar la cabeza, contestó con frase nerviosa y breve:

— Haga usted lo que quiera.

En dos ó tres momentos intenté entablar conversación; tiempo perdido. Desesperado ya en mi empresa, opté por dejarlo en su aislamiento y me puse á leer un periódico.

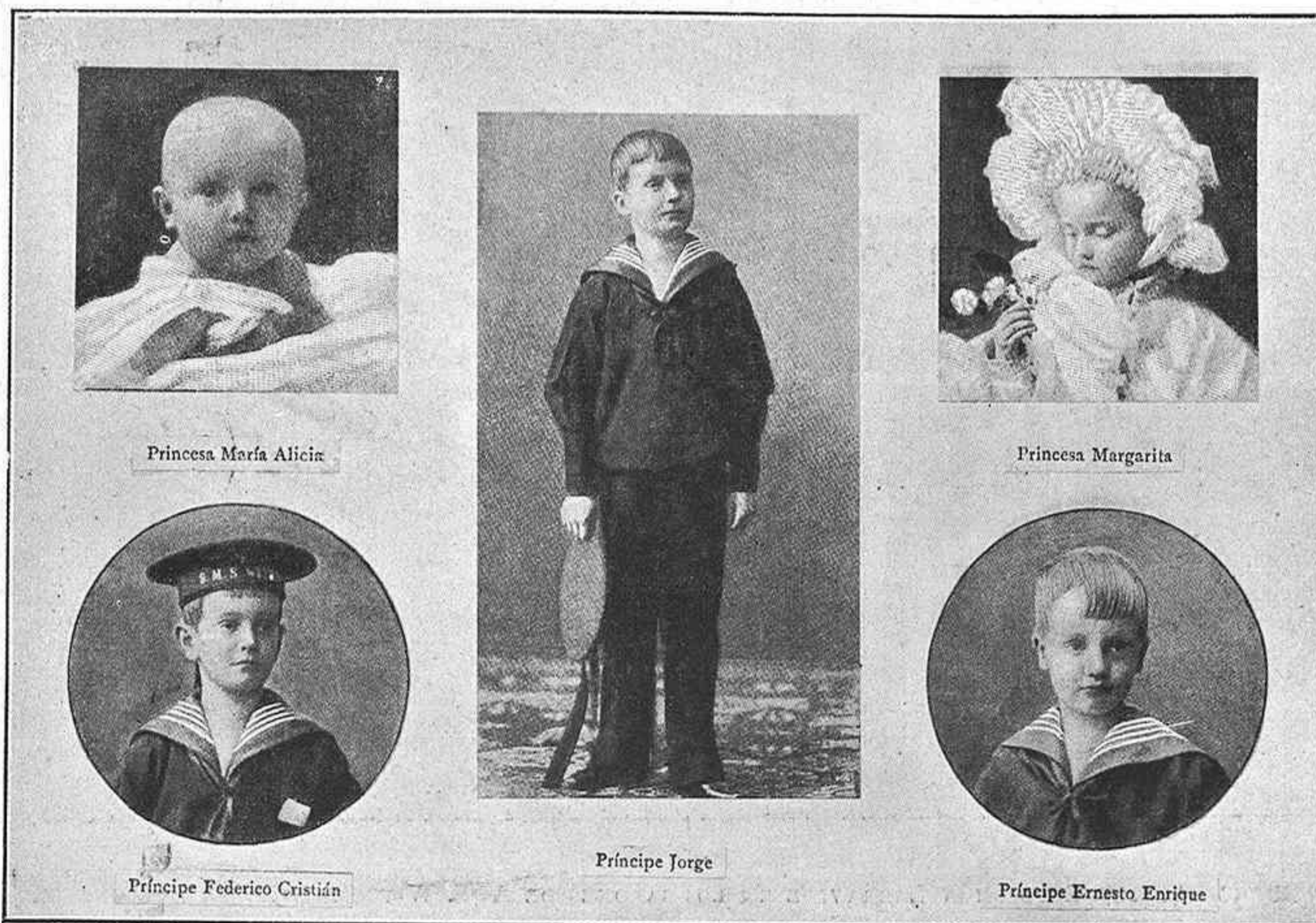
De pronto *Don Tostado* alzó la cabeza, clavó en mí sus ojos pequeñines, grises y acerados, y sosteniéndose la barba con ambas manos me dijo:

— ¿Por qué me importuna usted? Hace días que veo en usted el propósito de hablarme y de mezclarse en mis asuntos. Mal hecho. Un momento tuve la idea de contestarle de manera que no le quedaran ganas de preguntarme más. Lo he pensado mejor, tiene usted buena cara y puedo serle útil. Mi secreto puede servirle. ¿Hoy? ¿Mañana? ¿Quién sabe! Ya le diré cuándo.

Aquella salida me dejó perplejo, y repuesto, sólo pude aventurar una excusa cortés.

— No, no se justifique usted, repuso. De nada le serviría. Yo lo adivino todo; porque lo adivino, sé que su curiosidad no ha de serme perjudicial.

— ¡Yo le aseguro á usted!.. dije.



LOS HIJOS DE LOS PRÍNCIPES HEREDEROS DE SAJONIA

Por unos cuantos reales saborean lo que el cafetero califica de *aromático moka*, gozan de tertulia escogida (porque cada cual escoge la que quiere), y se deleitan con los primores musicales que dos artistas, mal comprendidos, ejecutan en piano y violín, no siempre afinados y á tono.

Hay, sin embargo, personas de pésimo gusto, yo una de ellas. Los domingos no aporreo por el café de mi barrio, que pierde con la concurrencia y el bullicio el sereno encanto de todos los días.

A diario es aquello un retiro sagrado, donde no llegan los ecos del

mundanal ruido.

Una media luz discreta, opalina, produce en los parroquianos pensamientos de dulce melancolía. Turbar aquella calma es verdadera profanación. Si alguien osa hacerlo, ese no es de la casa, es un intruso á quien recibimos con mirada fosca y ceño adusto. Y el intruso siente un malestar incomprendible, está inquieto, á disgusto, y acaba por tomar la puerta y no volver por el café. Hace bien.

Allí todos nos conocemos. Los camareros conocen nuestros gustos, nuestros caprichos, nuestros defectos. Toleramos al vecino sus rarezas, seguros de que él aguantará las nuestras. Todos somos amigos, caras conocidas.

En la mesa de junto al mostrador hace diez años que toma café D. Serafín. Un viejecillo setentón, con cara de pascua, bigotes amarillentos por el humo del cigarro, ojillos azules y grandes cejas, tiesas, blanquísimas, que le dan aspecto de puerco espín. D. Serafín llega todas las noches, en punto de las ocho, se sienta, saca un cigarro de quince céntimos y lo enciende á fuerza de vigorosos chupetazos. Después compra *La Correspondencia*, y entre sorbo y sorbo de café repasa la cuarta plana del diario nocturno.

Las esquelas mortuorias reclaman toda su atención; cada una de ellas hace exclamar á D. Serafín un «¡Qué escándalo!» en voz clara y fuerte, que pone en cuidado á todos los concurrentes.

Junto al piano hay una tertulia contemporánea del morrión de Sagasta. La componen cinco individuos, que hablan á gritos, se convencen á interjecciones y argumentan dando puñadas sobre la mesa, donde bailotea el servicio anunciando una próxima y sangrienta catástrofe. El camarero los odia, pero los teme.

La política internacional está siempre sobre el tapete. Allí se ha discutido de todo, desde el pacto de familia á la cuádruple alianza. En el orden del día figura al presente la guerra del Transvaal. Para

— No me asegure usted nada. Es natural. No es el primer caso. Huyendo de los curiosos he recorrido todos los cafés de Madrid, hasta llegar á éste, extraviado y lejano. A esas gentes, dijo paseando una mirada de lástima sobre todos los que se hallaban en el salón, les preocupa, ¡infelices!, verme escribir tanto. Si poseyeran mi secreto, entonces lo comprenderían.

— Ciertamente es extraño que una persona que tiene tanta correspondencia la despache en el café...

— ¡Y qué me importa á mí de esas gentes! En mi casa, los míos, mi mujer, mis hijos, se apoderarían de esto, que es la esencia de mi vida. ¿Me oye usted? Un ministro de esos que hacen economías me jubiló, por enfermo, con una pensión miserable. ¿Qué destino desempeñaba? ¿Mi nombre? Eso no le importa á usted. Había trabajado mucho, la inactividad me mataba, hasta que un día tuve un rayo de luz, una idea que me rejuveneció y me hizo el amo. De funcionario de un ministerio, de un número en el escalafón, pasé á ser el señor de todos, el rey del mundo. No se ría usted, sí, el rey del mundo. ¿Cómo? Ese es mi secreto, pero va usted á saberlo. El anónimo.

Hice un movimiento de extrañeza.

A *Don Tostado* se le coloreaban las flacas mejillas con oleadas de sangre, los ojos grises se clavaban en mí haciéndome el efecto de mordeduras, los pelos se le erizaban, sus manos, secas y largas, movíanse de prisa dando energía á sus palabras.

— ¿Qué de particular tiene, continuó, que usted se extrañe, si no me comprende? El anónimo, sí. Todos los personajes, hasta los más encumbrados, políticos y oradores, artistas y hombres de ciencia, son mis esclavos, hacen mi voluntad, y no lo saben. Desde esta mesa, que es mi trono, con esta pluma, que es mi cetro, domino el mundo.

Y una risa sonora, franca, infantil, llenó el café, excitando la atención de los parroquianos, que jamás habían oído reír ni aun hablar á *Don Tostado*.

Éste continuó:

— De una carta firmada, ¡quién hace caso! Pero un anónimo tiene la fuerza de lo desconocido y lo misterioso. Además, una carta á un hombre que se



ESTUDIO, cuadro de Guillermo de Grau. (Salón del Círculo Artístico.)

halla en las cumbres de la gloria ó del poder sin una petición adjunta, es un fenómeno. Yo nada pido. Censuro y dirijo. Al uno le digo: «Ese discurso es un disparate, no debiste decir aquello, no te inclines

de ese lado, ves hacia la derecha, sigue por la izquierda, acomete el camino de frente.» A otro: «La adulación te pierde; los que te alaban son tus enemigos que ansían tu caída; desprecia esos triunfos fáciles, lucha, no descanses.» Al de más allá: «Eres un majadero; te dan calor los que te necesitan, mañana te darán un puntapié.» El primer anónimo se desprecia, el segundo hace pensar, el tercero es norma y programa de aquel que lo recibe. Lo he visto, lo he palpado, y como mi labor es continua, y mi pensamiento no descansa, y mi mano sólo halla paz en la tarea, desde aquí, desde mi trono, gozo placeres inefables viendo cómo los hombres son hijos de mi voluntad y su pensamiento prolongación de mi pensamiento. He ahí mi secreto. ¿Que por qué se lo he dicho á usted? Porque le juzgo incapaz de comprenderlo y aun de ejecutarlo.

Y *Don Tostado*, metiéndose en el bolsillo del gabán las cartas, ya escritas, abandonó el café con paso firme y tranquilo, como hombre satisfecho de sí mismo y de su fuerza.

Cuando aquella noche llegué á mi casa, llevaba un dolor de cabeza terrible y el convencimiento de que *Don Tostado* estaba loco de remate.

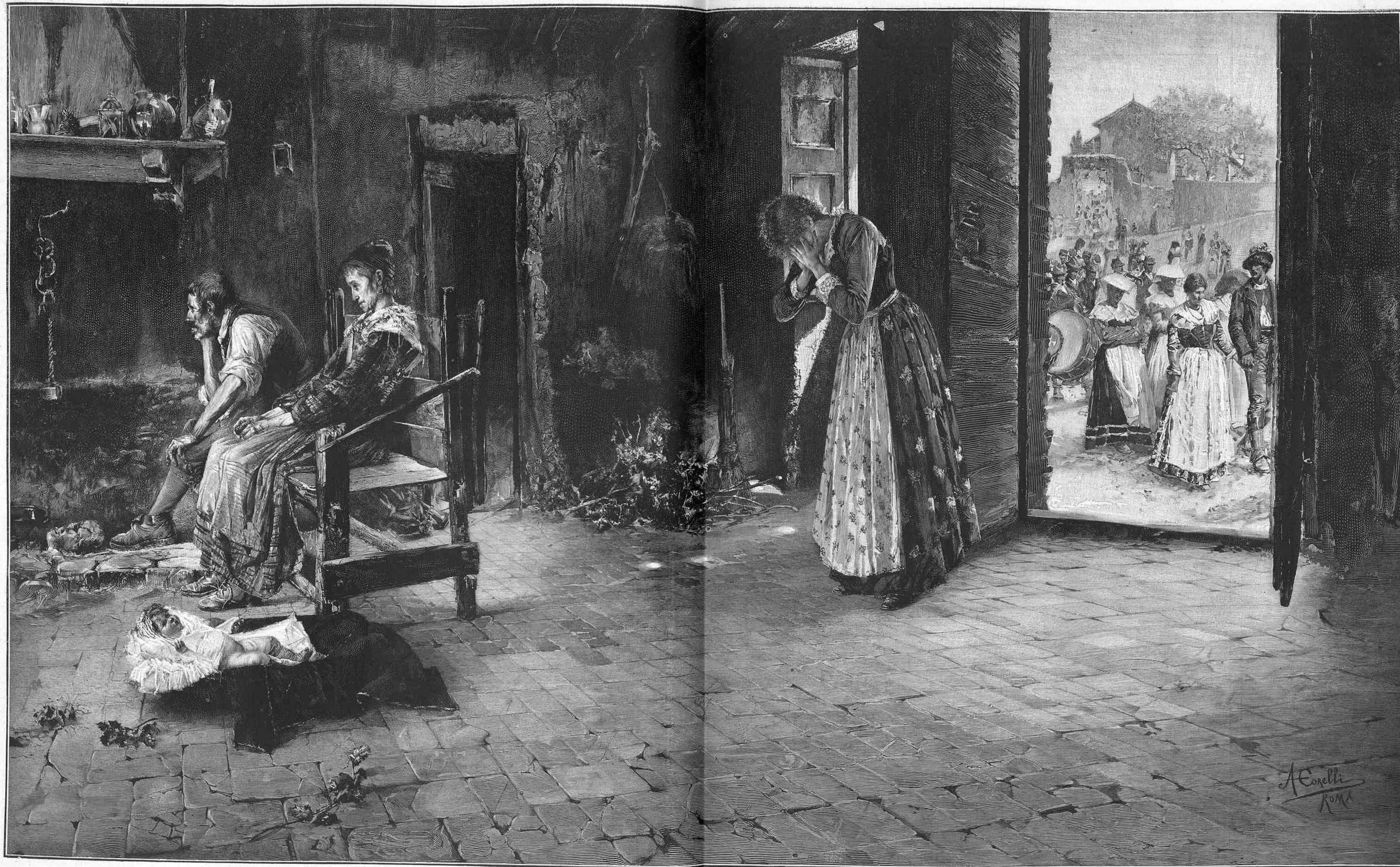
Estuve lejos de Madrid algún tiempo y á mi regreso volví á mi café favorito. El loco ya no estaba en su mesa. Pregunté al camarero.

— ¡Pero no sabe usted!, me dijo. Pues aquel señor estaba malo de la cabeza. Dicen que le había dado la locura por escribir anónimos á todo bicho viviente. Aquí en el café todas las noches escribía una docena de cartas. Ultimamente se las dirigía á él mismo. Una noche, al marcharse, le dió una cosa en la calle y se cayó en la acera. Cuando llegó el sereno, estaba muerto. Los médicos dijeron que había sido una apoplejía fulminante. En el bolsillo le encontraron un anónimo, de su propia letra, con amenazas de asesinarlo. ¡En fin, mochales perdido!

EMILIO DUGI.



Invierno, cuadro de Guillermo de Grau. (Salón del Círculo Artístico.)



TRAICIONADA, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE A. CORELLI

NUESTROS GRABADOS

Los hijos de los príncipes herederos de Sajonia.—Completando la información que publicamos en el número 1.098 sobre la novela iniciada en la corte de Sajonia y continuada luego en Ginebra y ahora en Menton, reproducimos en el presente los retratos de los cinco hijos del príncipe Federico Augusto y de la princesa Luisa, que ésta no ha tenido reparo en abandonar, impulsada por la pasión que le ha hecho dar al olvido los deberes sacratísimos de esposa y de madre. El príncipe Jorge nació en Dresde en 15 de enero de 1893; Federico Cristián en 31 de diciembre del mismo año; Ernesto Enrique en 9 de diciembre de 1896; la princesa Margarita en 24 de enero de 1900, y María Alicia, en Wachwitz, en 27 de septiembre de 1901.

A propósito de este asunto hemos de rectificar lo que en el antes citado número decíamos acerca de la separación temporal de la princesa y Andrés Giron: la noticia de esta separación no ha resultado cierta, y los dos amantes, echando, como vulgarmente se dice, la capa al toro, se han dirigido juntos a Menton, sin recatarse de nadie, antes bien haciendo pública ostentación de sus amores.

**

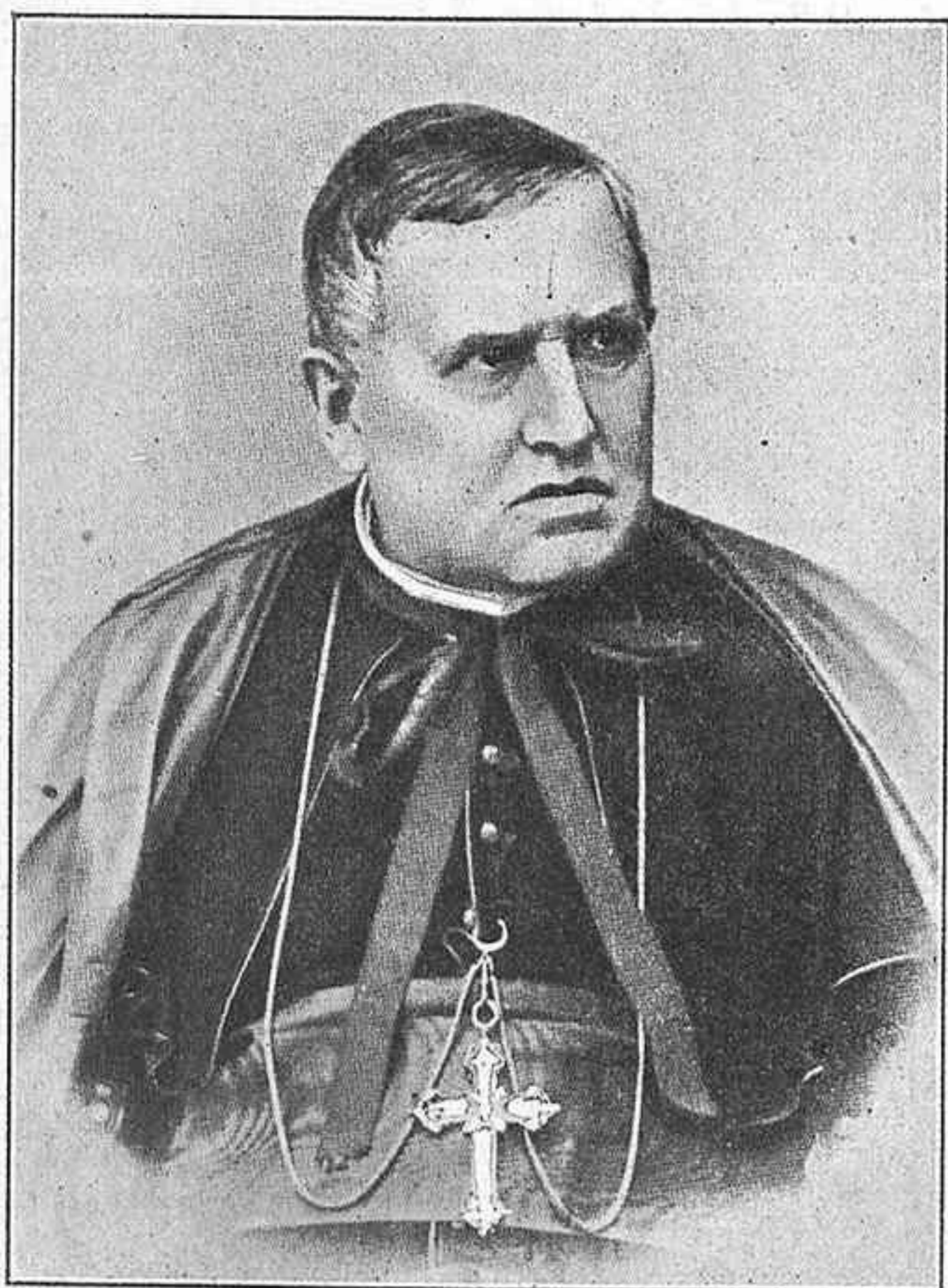
Invierno.—Estudio, cuadros de Guillermo de Grau. — Los dos lienzos que publicamos en estas páginas formaron parte de la exposición que este joven artista organizó en uno de los salones del Círculo Artístico de esta ciudad, de la que nos ocupamos en uno de los números anteriores. Hoy no nos cabe más que repetir lo que entonces dijimos, esto es, que su autor merece que se le aplauda y la manifestación del deseo de que persevere en su empresa, ya que estamos convencidos que ha de llegar a la meta reservada a los escogidos.

**

Traicionada, cuadro de A. Corelli. — No se necesita ser muy lince para adivinar el argumento de este cuadro: el autor ha puesto en él todos los elementos necesarios para su comprensión, completándolos con el título, que por sí solo explica suficientemente la escena que en la composición se desarrolla. Al contemplar aquel cortejo nupcial que por la calle desfila, aquella joven que vuelta de espaldas, para no presenciar el espectáculo torturador, oculta la cara entre las manos y prorrumpe en sollozos; aquellos viejos sentados junto al hogar, ella abatida pensando en el dolor de su pobre hija, él con expresión de concentrada ira, obsesionado por la idea de su deshonra y tal vez meditando terrible venganza, y sobre todo aquel niño inocente sobre el cual ha de pesar durante toda su vida la mancha infamante, no habrá quien no reconstruya la historia de unos amores, de una traición, de un criminal abandono. Dejóse seducir la incauta doncella por el apuesto manco, que le mintió una pasión con palabras ardientes que escondían los más bajos propósitos; entregóse por entero confiando en falsas promesas, y cuando su falta se hizo palpable, cuando lo que había de ser compendio de todas las ilusiones vino al mundo entre lágrimas y sonrojos, entonces el fementido apartóse de ella, y uniéndose a otra mujer y puso el sello a su acción vergonzosa, haciendo ostentación de su felicidad ante los ojos de la desdichada y cebándose en su aflicción con cruel ensañamiento. El pintor italiano Corelli demuestra una vez más en esta obra su instinto dramático que, junto con su talento pictórico, le ha conquistado un puesto envidiable en el mundo del arte.

**

El cardenal Parocchi. — Este purpurado, á quien se incluía en el número de los llamados *papábiles* y que ha fallecido recientemente en Roma á la edad de setenta años, era hijo de un molinero de Mantua. Dedicóse á la carrera eclesiástica, y fué párroco de una aldea, más tarde obispo de Pavía y



EL CARDENAL PAROCCHI,
fallecido en Roma en 15 de los corrientes

arzobispo de Bolonia, y finalmente cardenal en 1877. León XIII le dispensó gran protección y llegó á nombrarlo cardenal vicario, cargo que equivale al de jefe efectivo del gobierno de la Iglesia de Roma, y á hacer de él un consultor á quien sometía todas las cuestiones más delicadas. Pero, según parece, el cardenal Rampolla no veía con buenos ojos esta protección y al fin consiguió que Monseñor Parocchi pasase al puesto de

vicecanciller de la Iglesia, de importancia relativamente escasa. En sus mocedades fué liberal, tanto que llamó á Víctor Manuel «el rey generoso», pero luego fué abandonando estas ideas hasta acabar por identificarse completamente con la política romana. El cardenal Parocchi era hombre de trato agradable, de cortesía extremada, habiéndole por esto dado algunos de sus admiradores el dictado de «el cardenal Bembo de nuestros tiempos.»



M. ENRIQUE BLOWITZ, célebre corresponsal del *Times*,
fallecido en París en 18 de los corrientes

Enrique Blowitz. — El día 18 de los corrientes falleció en París M. Blowitz, el corresponsal del *Times* que tanta y tan justa celebridad había alcanzado en su larga carrera periodística. Literato cultísimo, gran conocedor de los hombres, dotado de una actividad incansable, de un don de gentes extraordinario y de un instinto particular para descubrir los que para otros eran impenetrables secretos, había conseguido ruidosos triunfos con sus informaciones, pudiendo decirse de él que fué el rey del reporterismo. Nació en Austria en 1825, pero se naturalizó francés en 1870; comenzó su carrera enseñando alemán en varios institutos de Francia, quiso ser inventor y la prueba de su invento por poco le cuesta la vida, y al fin se hizo periodista, habiendo obtenido en 1871 la corresponsalía del importantísimo diario londinense antes citado. Blowitz viajó por todo el mundo representando á su periódico en diversas campañas y acabó por ser un excelente geógrafo, soliendo decir que había estudiado geografía con los pies, y así era en efecto. Con motivo de su reciente jubilación, la prensa de París le tributó un homenaje unánime de admiración y afecto, obsequiándole con un banquete y dedicándole un magnífico objeto de arte que fué costeado por suscripción. Trabajador infatigable, verdadero enamorado de su profesión, el trabajo había formado en él una segunda naturaleza, de tal manera, que á poco de jubilado decía á sus amigos, con acento de profunda convicción, que no podría resistir al primer día de tedio.

**

Una partida de croquet, cuadro de Juan Lavery. — Para que nuestros lectores puedan formarse idea del puesto eminente que en el mundo del arte ocupa este pintor inglés, bastará que consignemos los siguientes datos: los cuadros de Lavery figuran en museos tan importantes como el Luxemburgo de París, la Galería Nacional de Berlín, la Galería Nacional de Bruselas, la Galería Moderna de Venecia, la Pinacoteca de Munich, la Galería Carneggia de Pittsburgo, la Galería Moderna de Filadelfia y otros, y que su autor es vicepresidente de la Sociedad internacional de Escultores, Pintores y Grabadores de Londres, caballero de la orden de la Corona de Italia, miembro de la Sociedad Nacional de Artistas franceses, miembro de la Real Academia escocesa y miembro correspondiente de las secciones de Munich, Berlín y Viena, y ha obtenido medallas en las exposiciones de bellas artes de París, Berlín, Munich, Bruselas, Pittsburgo, Chicago, etcétera. Cuando un artista reúne tantos títulos honoríficos y ha obtenido tantos premios, no ya en su patria, sino en los primeros centros artísticos de Europa y América, bien puede afirmarse de él que reúne excepcionales méritos. La especialidad de Juan Lavery son los retratos, pero con el mismo talento trata el paisaje, como lo demuestran su famoso cuadro *Una partida de lawn-tennis*, premiado con medalla de oro en uno de los salones de los Campos Elíseos de París y adquirido por el gobierno bávaro, y el no menos celebrado *Una partida de croquet*, que en el presente número reproducimos.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — BARCELONA. — *Círculo Artístico.* — Se ha expuesto una interesante y numerosa colección de carteles, propiedad del inteligente aficionado Sr. Plandiura, en la que figuran, entre otros, ejemplares notabilísimos de Casas, Rusiñol, Riquer, Llaerverías, Utrillo (A.) y Cidón; de los cartelistas franceses Jossot, Capiello, Steinlen, Mucha, Cheret, Carriere, Grasset, Leandre y Villette; del italiano Hohenstein; de los ingleses Hassall y Aldin; de los belgas Privat Livemont y Meunier, y de los norteamericanos Bradley, L. J. Khead, Parrish, Penfield y señorita Ethel Reed.

Salón París. — Entre las obras últimamente expuestas en este Salón merecen mencionarse especialmente un cuadro inspirado en *L'Atlántida* de Verdagner y varias preciosas cabezas de niñas de Brull, una interesantísima colección de *ex libris* de Triadó, algunos bellos óleos de Nunell y bonitas acuarelas de Boniquet.

Teatros. — En el teatro de la Moneda de Bruselas se ha representado con buen éxito *L'Etranger*, acción musical en dos actos, poema y música de Vincent d'Indi.

París. — Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Sarah Bernhardt *Théroigne de Mericourt*, drama en seis actos de Pablo Hervieu; en la Comedia Francesa *L'autre danger*, comedia en cuatro actos de Mauricio Donnay, y en la Gaité *Le chien du regiment*, ópera cómica en cuatro actos de Pedro Decourcelle, con música de Luis Varney.

Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en Romea *La nit de Reys*, cuadro dramático en dos actos de D. Salvador Vilaregut, y *Lo Pristidigitador*, bellísimo monólogo de D. Sanjaigo Rusinyol; en el Eldorado *Los Charros*, zarzuela en un acto y tres cuadros, letra de los Sres. Larrubiera y Casero, música del maestro Brull; y en Novedades *L'espija negra*, drama en tres actos y en prosa de E. Bergé. En el Liceo se ha cantado *La Walkyria*, en cuya ejecución han alcanzado grandes aplausos las Sras Giudicci y D'Arneiro y el tenor Sr. Vaccari; el Sr. Mascheroni dirigió la orquesta admirablemente. La eminente diva Sra. Darclée ha dado en el propio teatro cuatro representaciones, habiendo cantado *El Trovador*, de Verdi, y *Los Hugonotes*, de Meyerbeer.

Necrología. — Han fallecido:

Carlos Dufour, notable astrónomo suizo, profesor de la Academia y de la Universidad de Lausanne, fundador de la Comisión federal de Meteorología y de la Red meteorológica suiza, miembro de las comisiones astronómicas de Francia y Bélgica.

Fedor Jakob Fortinskij, historiador ruso, profesor y ex rector de la Universidad de Kiew.

Maximiliano Arwed Roszbach, célebre arquitecto alemán, autor de grandiosos edificios de Leipzig, Dresde, Olbernhau, Plauen, Freiberg, etc.

Roberto Weigl, escultor austriaco.

José Chavanne, geógrafo y cartógrafo austriaco, que efectuó largos viajes por América y el Norte de Africa.

Pedro Laffitte, notable filósofo francés, el más ilustre y más fiel amigo de Augusto Comte, profesor del Colegio de Francia, autor de importantes obras.

Emilio Neumann, paisista y marinista alemán, profesor de la Real Academia de Bellas Artes de Kassel.

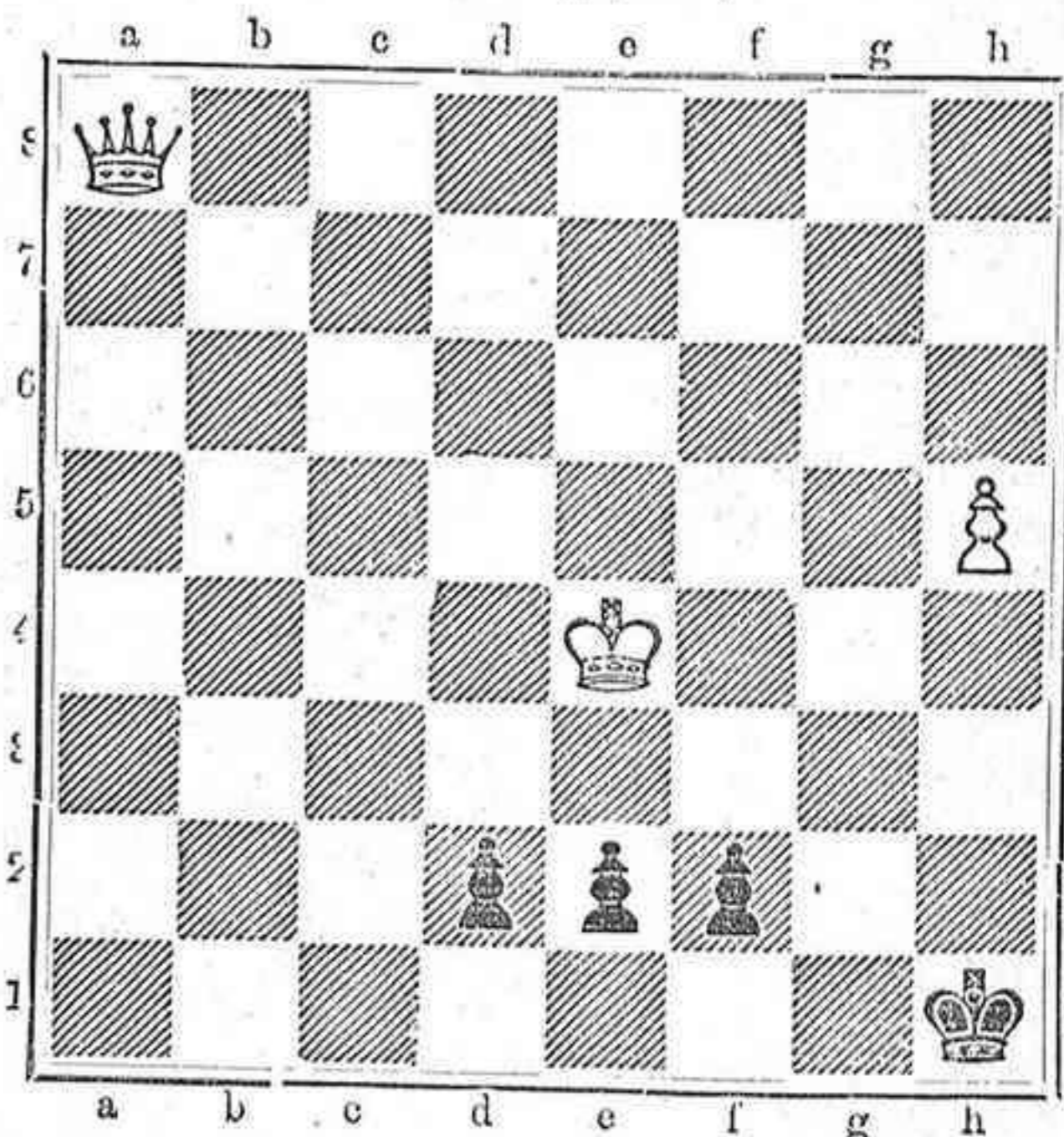
Maximiliano Schede, eminente cirujano alemán, profesor de Cirugía y director de la Clínica quirúrgica de Bonn.

AJEDREZ

PROBLEMA FINAL NÚMERO 310, POR F. LAZARD.

Tercer premio del Concurso de *La Stratégie*, sección F.

NEGRAS (4 piezas)



BLANCAS (3 piezas)

Las blancas juegan y ganan.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 309, POR ERIC WESTBURY.

Blancas.

1. Af6-h4
2. Ae4-c6 jaque
3. Rf5-f6 jaque
4. Dg4-d4 jaque

Negras.

1. b6-b5
2. b7xc6
3. Rd7-d8
4. Aa7xd4 mate.

VARIANTE.

- 1... Aa7-b8; 2. Dg4-d1 jaq., Ab8-d6; 3. Ta8-a7, b6-b5;
4. Ah4-e7; Rd7xe7 mate.

EL DUEÑO DEL MOLINO

NOVELA ORIGINAL DE MATILDE ALANIC. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

La pérdida diaria era enorme y llegaría á importar, al fin del año, unos sesenta mil francos. ¿Cómo cumplir los compromisos adquiridos y realizar los nuevos gastos? ¿Cómo salir de aquel atolladero? Ni la madre ni el hijo formulaban en voz alta esta interrogación que permanecía en su pensamiento atormentado. Sus almas, dotadas del mismo temple viril, no expresaban ni temores ni recriminaciones, preocupados solamente en resolver los problemas á medida que se presentaban, ya firmando pagarés de vencimientos escalonados, ya hipotecando la granja del Bas-Pré, próxima al molino. Los dos evitaban hablar del porvenir, pues por muy próxima que estuviese la tempestad, alguien muy querido, ¡ay!, no la vería estallar, y esta angustia dominada á todas las demás.

Por Nochebuena llegó al molino una carta de Antonino. Como buen hijo, respetuoso de las tradiciones, el joven felicitaba á sus padres y se felicitaba á sí mismo por la nueva vía en que necesariamente debía obtener buen éxito, pues reunía dos profesiones: conductor de automóviles y periodista. Pero el presente era todavía modesto, de modo que, lejos de hablar de la restitución de su... empréstito, Antonino pedía un pequeño socorro pecuniario.

Celina leyó esta carta en alta voz á su madre y á su hermano, que la oyeron silenciosos. Pero al llegar á la última frase, Pedro hizo un movimiento de sorpresa. ¿Había, entonces, su madre interrumpido sus envíos de dinero, puesto que Antonino se había decidido á aquel paso vergonzoso?.. Después reflexionó que su madre no salía, retenida siempre al lado del enfermo, y no parecía confiar á nadie misión alguna de ese género.

Como si la señora de Destraimes hubiera querido indicar á Pedro cuál era su respuesta, le encargó á él mismo, dos días después, que llevase al correo la carta para Antonino, la cual no parecía contener valores.

En la misma época un compañero de Pedro, principal interesado en una fábrica de automóviles de Neuilly, dió al ex militar detalles completos sobre la vida y milagros de su hermano mayor. El joven, en efecto, prontamente abandonado por Jamac, se había arrojado de lleno en cierta clase de periodismo equívoco y explotador. Pero, según el artillero,

Destraimes no tenía aún el aplomo suficiente para esa clase de canalladas, y parecía haber encontrado el buen camino dedicándose á conducir los automóviles de las personas del gran mundo... y del mediano.

marchaba á correr al azar, con una escopeta al hombro. Una tarde en que el tiempo inclemente le obligó á volver más pronto que de costumbre, vió que salía del molino un carruaje y oyó que tres voces se

dirigían á él. Pedro reconoció entonces al señor Charnot, un hombre rechoncho, envuelto en una piel de cabra y que ocupaba el pescante. Era un rico tratante en maderas de Segré, que iba acompañando á su mujer y á su hija, dos cabezas empenachadas y sonrientes que se asomaban por la ventanilla.

— ¡Cómo!, dijo Charnot ofreciendo á Pedro su ancha mano cubierta con espeso guante de punto. ¡He aquí al Sr. Pedro en persona! ¡Cosa rara! ¡Descuida usted á sus amigos!

— Sí, sí, se hace usted valer mucho, dijo la señora de Charnot en tono de reproche que asombró á Pedro, pues nunca había tenido con aquella familia más que unas relaciones pasajeras y superficiales. Y sin embargo, va usted á Segré con frecuencia...

— Le vemos á usted pasar, añadió Clemencia.

— Perdónenme ustedes, señoras, dijo Pedro estrechando la mano enguantada de rojo de la señora de Charnot y el guante de cabritilla blanca que la joven le presentaba con tímida sonrisa. Estoy siempre tan ocupado desde que mi padre está enfermo...

Las tres caras expresaron una simpatía contristada.

— Acabamos de verle, dijo Clemencia suspirando y moviendo la cabeza.

— Justamente deseábamos invitar á ustedes todos á celebrar los Reyes con nosotros el domingo que viene, dijo la madre. Ya sabe usted que la fiesta dura todo el mes... Su madre de usted ha aceptado por usted y por Celina...

— ¡Sería tan amable en ustedes el aceptarlo!, dijo Clemencia con una

mirada de cordero y poniéndose muy encarnada.

— No sé..., no creo que pueda..., respondió Pedro contrariado de que le hubieran cogido en el lazo.

— Sí, sí, sí podrá usted, dijo la madre en tono ligero. No se debe vivir como un salvaje y su hermanita de usted necesita distracciones... ¡Hasta el domingo!.. ¡Contamos con ustedes!..

Este último argumento decidió á Pedro, que pensó en los diecisiete años de Celina, y respondió con acento afirmativo:



... vió que salía del molino un carruaje y oyó que tres voces se dirigían á él

Estos informes corroboraron las suposiciones de Pedro, que se abstuvo, sin embargo, de comunicárselas á su madre.

El año expiró y la vida siguió su camino ordinario. Los domingos de enero el molino se llenaba siempre de visitas, pues en el campo esos deberes de cortesía no se cumplen más que los días de fiesta, después de misa. Sería un escándalo exhibir en semana la ropa nueva.

Pedro huía de su casa en esos momentos y se

- Hasta el domingo.

- Hasta el domingo, dijo la dulce voz de Clemencia.

Pedro se quitó la gorra. El sombrero blanco de Clemencia y la resplandeciente capota de su madre entraron en el coche y éste se puso en marcha.

Al ir á colgar la escopeta en la sala, Pedro encontró á toda la familia reunida al lado de la chimenea, y desde luego le chocó el ver en todas las caras cierta expresión de animación y de esperanza.

- ¿Has encontrado á los Charnot?, preguntó Celina levantando su carilla maliciosa, que tenía inclinada sobre un álbum de sellos de correos.

- Sí... Y por cierto que me impones una expedición divertida..., dijo Pedro con mal humor.

- Sí que lo será, respondió la joven golpeando vigorosamente un sello que no quería pegarse. Comeremos la torta de Reyes...

- ¡Delicioso! Al que le toca el haba tiene siempre el aire de un idiota...

- ¡Tonto! No tendrás más que ofrecérsela á Clemencia, que se quedará encantada, no lo dudes...

Pedro concibió una sospecha y miró á la burlona, después á su padre, que estaba atizando las ascuas con mano débil mientras se dibujaba en sus labios misteriosa sonrisa, y á su madre, inclinada sobre un libro y con las mejillas rojas de emoción.

- ¡Yo estimo mucho á Clemencia!, dijo Celina con sangre fría. Según me ha dicho, quiere casarse á su gusto, con el que le agrada, y sus padres no la contrarían... Lo que hace falta ahora es que el hombre de quien está enamorada la corresponda.

- ¡Tiene ochenta mil francos de dote!, afirmó de repente Destraimes en tono de extraña excitación. Y Charnot tiene más de doscientos cincuenta mil francos...

La señora de Destraimes cerró el libro y se puso á mirar al fuego. Todos se callaron, y Pedro, que había comprendido, se ruborizó como una muchacha.

Su alma se encontró conmovida por una inquietud, un asombro, algo como un ataque al pudor. ¡Cómo! ¡Una joven se había fijado en él, sin que él lo supiese, y le amaba hasta el punto de tomar la iniciativa!.. Pedro se quedó turbado y agradecido, pero sordamente descontento.

- ¡Ochenta mil francos son un capital!, repitió el padre con voz hueca al pronunciar la cantidad fatídica.

¡Ochenta mil francos!.. Estas palabras resonaban en los oídos de Pedro imperiosas, batalladoras y enfáticas, mientras, solo en su cuarto, se quitaba el enlodado traje de caza. ¡Ochenta mil francos! Eran la salvación, la solución de todas las dificultades que le quitaban el sueño...

Las deudas pagadas, el molino desentrapado y trabajando ya alegremente para aumentar la fortuna de sus dueños... ¡Ochenta mil francos!.. Y la voz de Destraimes sonó de nuevo en su memoria, llenándole de enternecimiento. ¡Pobre padre! ¡Qué alivio sería para él semejante refuerzo!

¿Por qué no, después de todo?.. Pedro miró los altos tejados del Otero que se destacaban en la penumbra de la tarde... En el impulso de su abnegación no había hecho pesar en la balanza el sacrificio de sus íntimos sentimientos.

- No se vive de ensueños... Tarde ó temprano había que ir á parar á lo mismo, se dijo con el corazón oprimido.

Dedicó todavía algunos minutos á la contemplación evocadora; pero al mismo tiempo, reconociendo valerosamente lo ridículo de su locura, decidió entrar en la prosaica realidad. «De hoy en adelante me prohibo el soñar,» dijo lentamente y con la solemnidad de un juramento. Cuando volvió á bajar, su resolución estaba adoptada y el joven dió en seguida á los suyos el consuelo de la esperanza.

Como había supuesto, la conversación no cesó de dar vueltas alrededor de los Charnot, y si un momento dejaba de hablarse de ellos era para volver en seguida al mismo asunto, como siempre sucede cuando la mente de los que hablan está dominada por la misma idea. Y los duendes familiares debieron asombrarse aquel día al oír vibrar las voces con una alegría inusitada en la casa.

Los Charnot habían perdido muchos hijos, y Clemencia, la única que había vivido, fué educada con minuciosas precauciones: era una encantadora muchacha, á pesar de aquella educación indulgente y aduladora, según afirmaba Destraimes padre. Pedro ocultó una ligera sonrisa. Era natural que el viejo encontrase deliciosa á la joven que había tenido el buen gusto de enamorarse de su hijo.

Todos los miembros de la familia del tratante recibieron, por otra parte, halagüeños epítetos. La hija, encantadora. La madre, una excelente señora,

llena de abnegación. El padre, un hombre listo, de admirable instinto comercial, y además gran comedor y el más alegre vividor de la provincia. Todos los Charnot, la redonda y diminuta mamá; el papá, de aspecto regocijado, y la niña, rubia y regordeta como una codorniz, daban á Pedro la impresión de ser de esas personas dichosas de vivir que no se fastidian en la mesa.

Aquella opinión se confirmó el domingo siguiente ante un banquete baltasaresco, cuyos platos principales habían sido guisados por la misma dueña de la casa. Clemencia no se desdénaba tampoco, en aquella ocasión, de echar una mano á las cacerolas, como lo confesaba ella misma, enseñando amablemente sobre el mantel una manita bien formada, llena de hoyuelos y de una blancura de azucena. Delante de los convidados estaban alineadas cinco copas, que se llenaban alternativamente de las mejores marcas de la Borgoña y del Anjou para regar el venado y la pava con castañas. Charnot era verdaderamente espléndido en la mesa; su ancha cara resplandecía y su voz alegre hacía vibrar los cristales. Cada vez que decía un chiste, los convidados presentes, además de los Destraimes, se reían ruidosamente, y á cada momento estallaba así una explosión de sonoras carcajadas.

Pedro gozaba viendo á su hermana divertirse á sus anchas. Celina estaba sentada al lado de un joven empleado del tratante en maderas, con una cara de simple que parecía hecha á propósito para servir de blanco á las burlas. Charnot se gloriaba de las malas partidas que jugaba sin cesar al pobre Tomás, de modo que toda la concurrencia se divertía con él, sin que el necio sospechase que se reían á su costa.

- Amigo Tomás, usted no tiene bastante paciencia, decía muy serio el tratante. Figúrense ustedes que le pregunto si quería venir conmigo á cazar verdones. Todos sabéis cómo se hace esta caza, y usted, Destraimes, que es cazador, conoce el procedimiento: á eso de las nueve de una noche muy obscura, salen unos cuantos amigos y llegan á un sitio del campo bastante retirado en el que se sabe que hay verdones. Se colocan los cazadores á cierta distancia unos de otros, cada uno con un saco bien abierto, y no hay más que decir suavemente, como cantando: «¡Pi..., pi..., pi!..» Y los pajarillos van metiéndose en el saco...

Todos estaban sofocados de risa al oír aquella descripción fantástica.

- Pues bien: salimos Tomás, yo y algunos amigos, y escogemos nuestros sitios. ¡Diantre! La noche estaba obscura como boca de lobo... Una noche enteramente favorable. Y en el momento en que todo iba á salir bien, este cobardón se deja dominar por el miedo porque nos había perdido de vista, y echa á correr como un desesperado... Oímos sus pisadas en el camino, y creyendo que le había sucedido algún accidente, corremos detrás... El redobla entonces su velocidad y no se detiene hasta aquí, con los cabellos de punta... La caza de verdones fracasó, gracias á este pánico.

La risa, contenida hasta entonces, estalló al oír aquella conclusión, dicha con gran formalidad, y el pobre Tomás bajó la cabeza sin comprender que se burlaban de su credulidad más que de su cobardía.

Pedro rió como los demás, dejándose dominar por un benéfico descanso después de los apuros que no cesaban de mortificarle hacía muchos meses. En aquel comedor tibio y luminoso, en el que flotaba el perfume de los manjares, de las trufas y de los vinos delicados, experimentaba una sensación de bienestar material que absorbía todas sus facultades. Cuando miraba á su vecina, que era, naturalmente, Clemencia, veía una cara un poco de muñeca, unos ojos un poco pálidos, una boca algo grande, unos rizos un tanto rojizos y un cuello más bien corto, pero de agradable color, con bonitos reflejos en la satinada piel y una tierna languidez en las pupilas de un azul descolorido. El conjunto, en suma, era agradable, sobre todo cuando Pedro pensaba que, bajo aquel traje de seda, un corazón juvenil latía por él. ¿Qué hombre hubiera permanecido indiferente ante tal pensamiento?

- ¿Pero qué tienes esta noche que no comes?, preguntaba de vez en cuando su madre á Clemencia, con gran confusión de Pedro, pues entonces la turbación de la muchacha se hacía más visible y él mismo se sentía ruborizado.

Cuando apareció la enorme torta de Reyes, saludada por un aplauso formidable, Pedro no dudó un momento de su destino. Lo que se teme sucede siempre, y en efecto, bien porque el azar le fuese en realidad propicio, bien porque le ayudara la mano maternal de la señora de Charnot, ello fué que Pedro se vió obligado á compartir la soberanía con

Clemencia. Aquella ceremonia exigía forzosamente un beso, y el rey rozó con su fino bigote la mejilla de la reina, roja como una amapola, en medio de las aclamaciones turbulentas de sus súbditos. Por fortuna, los brindis proporcionaron á Pedro la ocasión de obtener del noble vino de la Coulée de-Serrant el aplomo y la dignidad propios de su nueva situación.

A los postres fueron indispensables las canciones y cada cual cantó la suya; los viejos como pudieron y los jóvenes reservándose para el salón, en el que Clemencia «hizo un poco de música,» es decir, dió muestras durante veinte minutos de una energía de puños extraordinaria mientras sus manos recorrían el teclado como unos ratoncillos blancos, y Pedro, colocado orgullosamente al lado del piano, volvía las hojas cuando una sonrisa de la pianista se lo indicaba.

Pero Charnot y sus amigos no estaban á gusto en aquel salón fastuoso donde no podían encontrarse á sus anchas. La señora de Charnot cuidaba con esmero sus butacas de terciopelo, sus alfombras y sus jarrones, y sintió un alivio indescriptible cuando su marido propuso que se instalaran en el comedor. Alrededor de la gran mesa se organizó una partida de cartas, en la que Clemencia, saliendo al fin de su languidez, manifestó un vivo interés por el juego. Hubo un momento en que no tuvo reparo en acusar á su padre de que hacía trampas. El tratante en leñas, que robaba, en efecto, escandalosamente, echó la cosa á broma; pero la muchacha permaneció mucho tiempo incomodada y con la boca contraída de un modo que la embellecía, hasta que la voz de Pedro la hizo volver en sí y fundió su enfado en una tierna sonrisa. Nuevas libaciones restablecieron la concordia y la alegría... Y todo se confundió en una bruma dorada, de color de vino de Anjou...

VII

En la siguiente mañana los recuerdos de Pedro flotaban en aquel mismo vapor. El joven trató de precisarlos y de reflexionar seriamente.

Ciertamente la impresión dominante de aquella velada era una satisfacción física, y Pedro no se lo disimulaba, aunque se avergonzaba un tanto de ello. Todo lo que había observado tenía el sello de una alegre vulgaridad: las bromas de Charnot, los trajes demasiado chillones de las mujeres y las facciones de la muchacha. No podía buscar en aquel círculo la satisfacción de sus aspiraciones superiores ni el desarrollo de los elementos más elevados de su naturaleza. ¿Pero qué? Puesto que era preciso cerrar la puerta á las quimeras novelescas, ¿sería tan desagradable aquella prosa tan positiva?

El ruido interminable del molino, que acompañó esa conclusión, le recordó al mismo tiempo la alarmante realidad.

- ¡Es preciso!, dijo Pedro vistiéndose. Si Clemencia me ama, tanto da esa como otra...

En el comedor, Celina, muy animada, estaba haciendo á su madre un relato detallado.

- ¡Cinco copas! Sí, mamá, como en una boda... Y hubo venado, y trufas, un gran helado... Y luego, había allí un imbécil tan gracioso... Eso sí, Clemencia toca como un piano mecánico... Volveremos para la Candelaria y puede ser que en Carnaval... ¿Verdad, Pedro?

- Sí, veremos, dijo evasivamente aquél mientras abría el correo que acababa de traer el cartero.

Pedro tuvo una mala impresión. Una de aquellas cartas le convocaba á Nantes para una reunión de acreedores. Fatalista, como todos los enamorados, Pedro observó esta coincidencia singular: un negocio le llamaba á la población donde residía Alicia, justamente cuando él quería apartar de su pensamiento el recuerdo de la joven.

Las reminiscencias que trataba de desterrar surgían así forzosamente delante de él, y á fin de garantizar la firmeza de sus resoluciones, Pedro decidió conferir sus poderes á un representante y evitarse así aquel viaje.

Pero después reflexionó juiciosamente que no hay mejor representante que uno mismo y que debía ir. El interés de la casa lo exigía. Pero no se expondría á una dura prueba... No trataría de ver á Alicia.

Sin embargo, á medida que se aproximaba la fecha del viaje, su resolución se debilitaba, y Pedro veía irradiar delante de él el brillo deslumbrador de dos dulces ojos.

El joven se sublevaba con toda su voluntad contra el atractivo de aquel fantasma que le perseguía día y noche.

- ¡Seré fuerte!, pensó al bajar del tren en Nantes. Y tanto lo fué, que tres horas después, una vez terminados sus negocios, Pedro se encontraba en el

barrio en donde vivía la señorita Jaffre, delante de su casa y maldiciendo desesperadamente á la niebla que interponía sus sombras entre las ventanas y la calle... La compasiva Providencia descomponía así la tentación á que Pedro se había dejado llevar.

- ¡No la veré!, pensó desesperado volviendo pies atrás.

La niebla era tan espesa que no se veía á cinco pasos. En los almacenes las luces de gas ardían sin alumbrar, rodeadas de un nimbo amarillento, y en las ropas y en los cabellos la humedad se condensaba en finas gotas... Aquella obscuridad disminuía la vida de la ciudad comercial y amortiguaba los sonidos y los colores. Todo parecía desteñido, viejo y diluído. Destraimes se sentía transido de cuerpo y de alma. Aquel lúgubre y húmedo crepúsculo, aquellas sombras escurridizas, aquellas luces amortiguadas, le daban idea de los limbos vagos y desolados.

De repente, en una esquina, su paraguas tropezó con otro. Y Pedro vaciló como si le empujase un viento de extremada violencia. Enfrente de él resplandecían aquellos dulces ojos cuya influencia le dominaba.

- ¡Sr. Pedro!

- ¡Señorita Alicia!

El joven no pudo decir más, y Alicia, creyendo que se trataba de un sentimiento de timidez, sacó la mano del manguito y se la ofreció con una mirada de amable franqueza.

- ¡Querido compadre! Celebro encontrar á usted, aunque nuestro encuentro haya sido un choque... Va usted á darme noticias de nuestro ahijado, porque, según creo, es usted ahora completamente un habitante del molino...

- Sí, dijo Pedro; mis proyectos han cambiado, muy á pesar mío... Ya ve usted que ahora llevo otro uniforme...

Y Pedro hizo un gesto de desprecio para designar su traje de paisano.

- Delfina me ha dicho..., replicó vivamente Alicia.

Vaciló un momento y se decidió á expresar su pensamiento de mujer noble y generosa.

- Ha obrado usted bien, Pedro. No se debe nunca sentir el haber sabido sacrificarse...

Aquella voz de hermosas notas bajas y vehementes penetraba en el corazón de Pedro, privado de la facultad de dominarse por la sorpresa del encuentro. Habían ocurrido tantas cosas desde que la había visto, que le parecía que habían pasado años y años, y se quedaba absorto, contemplándola con humilde adoración.

El abrigo de pliegues flotantes que Alicia recogía con la mano, la espesa piel que formaba un marco á sus mejillas de ámbar, el rolló de música que oprimía con el brazo, todos los detalles de aquella encantadora aparición se grababan para siempre en la memoria del joven. Una criada esperaba á dos pasos. Estaban como solos, encerrados en aquellos densos vapores á través de los cuales los transeuntes parecían fantasmas.

Pedro se hubiera estado allí indefinidamente, pero Alicia era sin duda más sensible al lodo que le helaba los pies y á la bruma que se infiltraba traidoramente por los más pequeños intersticios de la ropa. Acaso creyó también que aquel coloquio en una esquina, debajo de los paraguas, debía tener fin, pues ofreció la mano á Pedro, ruborizándose un poco.

- Hasta la vista, Sr. Destraimes... Diga usted á Delfina que iremos muy pronto al Otero esta primavera... En seguida iré á ver á mi ahijado.

- Adiós, Alicia. Mañana mismo iré á Champignette para cumplir su encargo.

Alicia y su criada desaparecieron en la niebla. La sombra querida se borró como se desvanece una visión fantástica. Y Pedro echó á andar como deslumbrado.

Todos sus actos posteriores se realizaron en un estado de sonambulismo. Pedro se encontró en el tren sin saber por qué serie de operaciones había llegado allí. Se recostó en un rincón y cerró los ojos

para aislarse y ver la aparición encantada. Y cuando hubo saboreado ese goce, encontró un placer doloroso en hacer constar su debilidad ante la fuerza invencible que le avasallaba. Un poderoso y dulce encanto le dominaba, y la evocación de un movimiento de cejas familiar en Alicia, del timbre de su voz ó de los detalles de su traje hacían latir su corazón.

- ¡La amo!.. No puedo remediarlo... Me es imposible amar á otra...

Entonces la idea de Clemencia Charnot le inspiró un violento transporte de cólera y de remordimiento. Pedro se despreció á sí mismo... Lo que le había parecido una concesión aceptable en interés de los suyos, se le aparecía ahora como una venta

joven. Para tener esa creencia es preciso no estar á diario al lado de una que yo conozco...

- ¿Se refiere usted á Clemencia Charnot?, preguntó Pedro picado de curiosidad.

Tomás se calló un momento; pero después, como el hermano de Celina le inspiraba confianza, dió rienda suelta á sus rencores.

- Pues bien, sí; no la puedo ver ni en pintura. Con aquel airecito de santa, trata á su madre como á un perro; sí, señor, como á un perro... Esto me subleva, pues yo he sido educado en el respeto á los padres. La señora de Charnot es la criada de su hija... ¡Y qué rabiosa está ahora la hermosa Clemencia!.. Ve que, si no se da prisa, su amiga Emilia se va á casar antes que ella. ¡Qué pataleos y qué crujir de dientes cuando supo la noticia!.. Y justamente, en aquel momento los pretendientes se habían declarado en huelga. Su madre entonces le dijo (yo lo estaba oyendo): «Consuélate, pobre hija mía... Emilia no se casa hasta octubre... De aquí á allá ya te encontraremos lo que te hace falta...» ¡Lo que yo gocé viéndola rabiar!

El buen Tomás hablaba sin ironía, llevado por su cordial aversión. Era evidente que el día de Reyes no había observado ni sospechado nada, deslumbrado por la vecindad de Celina. Pedro no pensó siquiera en poner en duda su buena fe. ¿No son los inocentes los que dicen la verdad?

Al escuchar aquella diatriba y sus interesantes comentarios, el molinero experimentó una humillación profunda por haberse entregado tan benévola-mente á las intrigas de una tontuela, é inmediatamente desechó todo arrepentimiento y todo escrúpulo á propósito de Clemencia. La candidatura de ésta fué liquidada en el acto y sin remisión.

Pedro vaciló mucho tiempo, sin embargo, antes de dar por terminada aquella tregua; de que gozaban los suyos, confiados en el proyecto de casamiento. Por fin, un día, aprovechando un momento en que su padre dormía y su madre

no estaba presente, dijo á Celina, que estaba arreglando el vestido rosa que llevaba el día de la fiesta de los Charnot:

- ¿Piensas ir allá el día de la Candelaria? A mí me es imposible acompañarte... Ni ese día ni otro...

Celina, asombrada, dejó escapar la labor.

- ¡Cómo! ¿No quieres volver á casa de los Charnot?..

Pedro siguió leyendo flemáticamente, pensando que su determinación estaba suficientemente expresada y que toda aclaración era inútil. Celina observó la temible línea de las cejas y no se atrevió á hacer ninguna objeción.

Una hora después, cuando Pedro vió á su madre, comprendió que su decisión había sido comunicada y entendida. Pero no cambiaron ni una palabra acerca de esto. Pedro agradeció á su madre aquel respeto de su voluntad y aquel deseo de no herir sus sentimientos... Y la señora de Destraimes no habló más de los Charnot, y sufrió sola el choque del enemigo cuando se presentó en el molino á formular una nueva invitación, que fué eludida.

VIII

La mañana era alegre, con todo el encanto del naciente mes de mayo. Los polluelos corrían por el camino. Las perezosas ovejas y los tímidos corderos pacían en las laderas. Por todas partes surgían las ramas rosadas y blancas. Y las golondrinas revoloteaban en torno del campanario buscando los nidos del último verano. Dos lindas jóvenes salían de la iglesia y animaban este cuadro florido y alegre; pero en medio de la naturaleza desbordante de vida y de esperanza, aquellas jóvenes hablaban de cosas tristes y sus ojos estaban gravemente preocupados.

Hacía más de un mes que Alicia y la hermana de Pedro se encontraban en la misa de siete.

(Continuará.)



... y el rey rozó con su fino bigote la mejilla de la reina

indigna... No, no podía abdicar así su dignidad... Casarse con una mujer teniendo el corazón entregado á otra, era venderse... Era una cobardía, una deslealtad que no quería cometer ni aun al precio de la salvación del molino... Había luchado y seguiría luchando con todas sus fuerzas, con todo su ánimo, pero con honor...

Le quedaba, sin embargo, una especie de conmisericordia mezclada de remordimientos pensando en la joven que le había manifestado su preferencia y cuyos sueños había fomentado tácitamente.

Destraimes fué hasta Angers en aquellas alternativas de amor y de rabia contra sí mismo. Allí tenía que cambiar de tren y atravesar la población para ir á la estación de Segré; y en el andén encontró á Tomás, el empleado de Charnot, que se precipitó á su encuentro.

- ¡Qué placer! Vamos á viajar juntos..., exclamó el cándido joven con una efusión que asombró á Pedro, pues no había hecho nada para obtener tal simpatía.

Pero el molinero no tardó en comprender, con burlón contentamiento, que no debía aquel entusiasmo á su mérito personal, sino al privilegio de poseer una hermana bonita... Aquello era mortificante para su fatuidad, pero halagador para su vanidad de hermano... Y Pedro no pudo menos de sonreír para sus adentros cuando, apenas partido el tren, Tomás se engolfó en un lírico elogio de Celina.

- ¡Qué agradable joven!.. ¡Y qué dientes!.. ¡Querría uno estar siempre viéndola reír!.. ¡Tan alegre, tan sencilla, tan amable!.. ¡Ah! Si todas las muchachas fueran como ella...

Y Tomás hizo un gesto de desprecio que ponía á todo el resto de la especie femenina cien codos por debajo del objeto de su entusiasmo.

- Todas las jóvenes son amables, Sr. Tomás, replicó Pedro. ¿Cómo puede usted dudarle?

- ¡Ah! No, por cierto, protestó con violencia el

EX LIBRIS DIBUJADOS POR F. H. BALL, ALEJANDRO DE RIQUER, J. TRIADÓ Y H. GANNAWAY

El deseo de expresar por medio de alegorías ó emblemas el pensamiento, las aspiraciones y cuanto pueda representar la vida, los actos y las tendencias ó inclinaciones del hombre, ha sido para éste causa de preocupación en todos los tiempos y motivo que ha aguijoneado su fantasía. Para convencerse de

fectamente determinados en sus armas y enseñas, adquiriendo en la siguiente centuria caracteres fijos y hereditarios, adoptando cada familia signos peculiares y distintos, que se reproducían en sus respectivos escudos.

Los orientales atribuyeron á las flores y á las plan-

Pamplona, y los barceloneses Mathevat, Cormellas, Martí, Llopis, Figaró, Graells, Dotil y Margarit, tan admirables obras produjeron, sirviendo la divisa empleada como marca ó distintivo de los libros impresos en sus talleres.

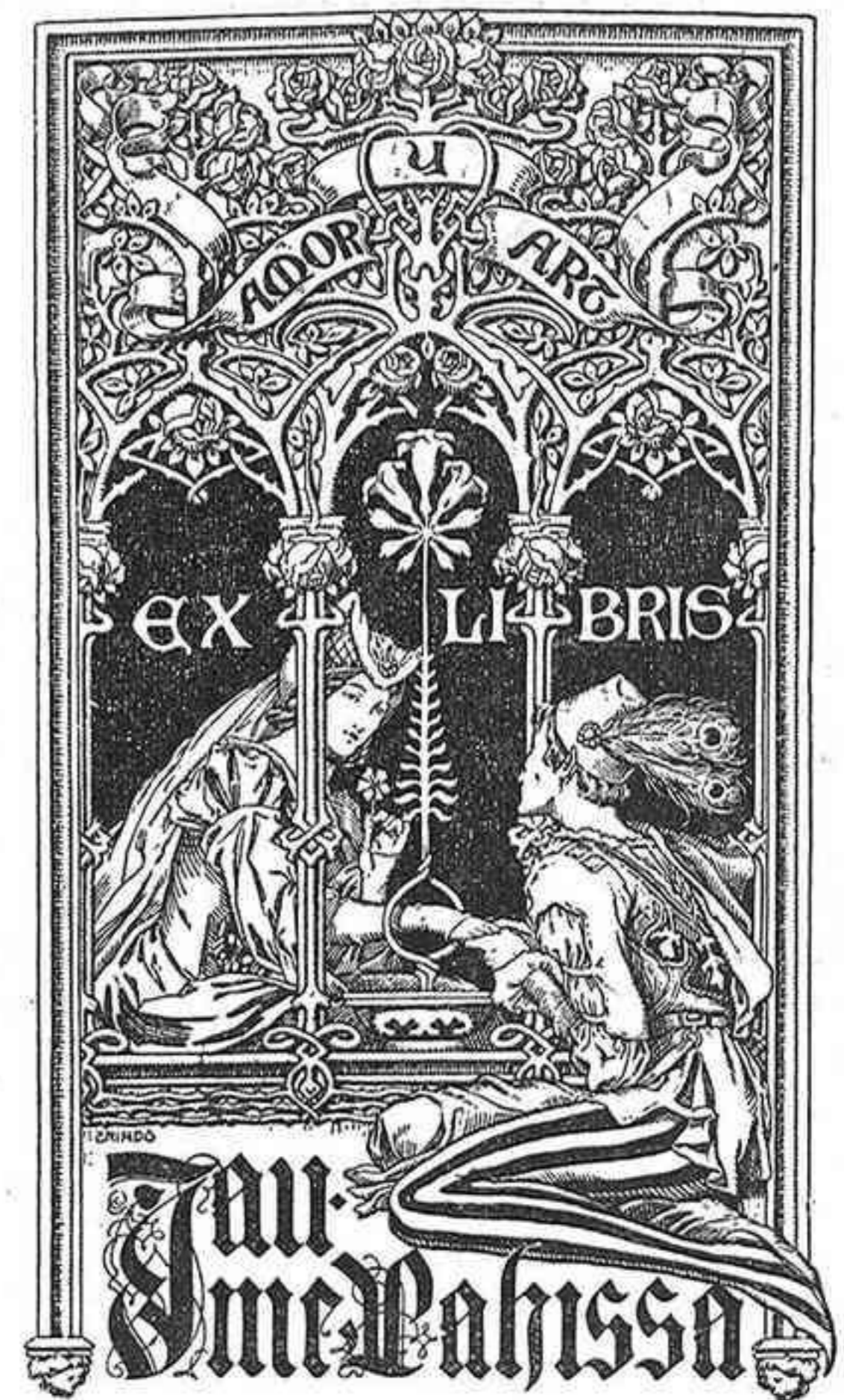
Durante un largo período, olvidóse por completo la tradición, y los impresores limitáronse á estampar



EX LIBRIS dibujado por F. H. Bal



EX LIBRIS dibujado por Alejandro de Riquer



EX LIBRIS dibujado por J. Triadó

ello, basta recordar los enigmas y las manifestaciones de análogo género á que tan inclinados fueron los pueblos de la antigüedad.

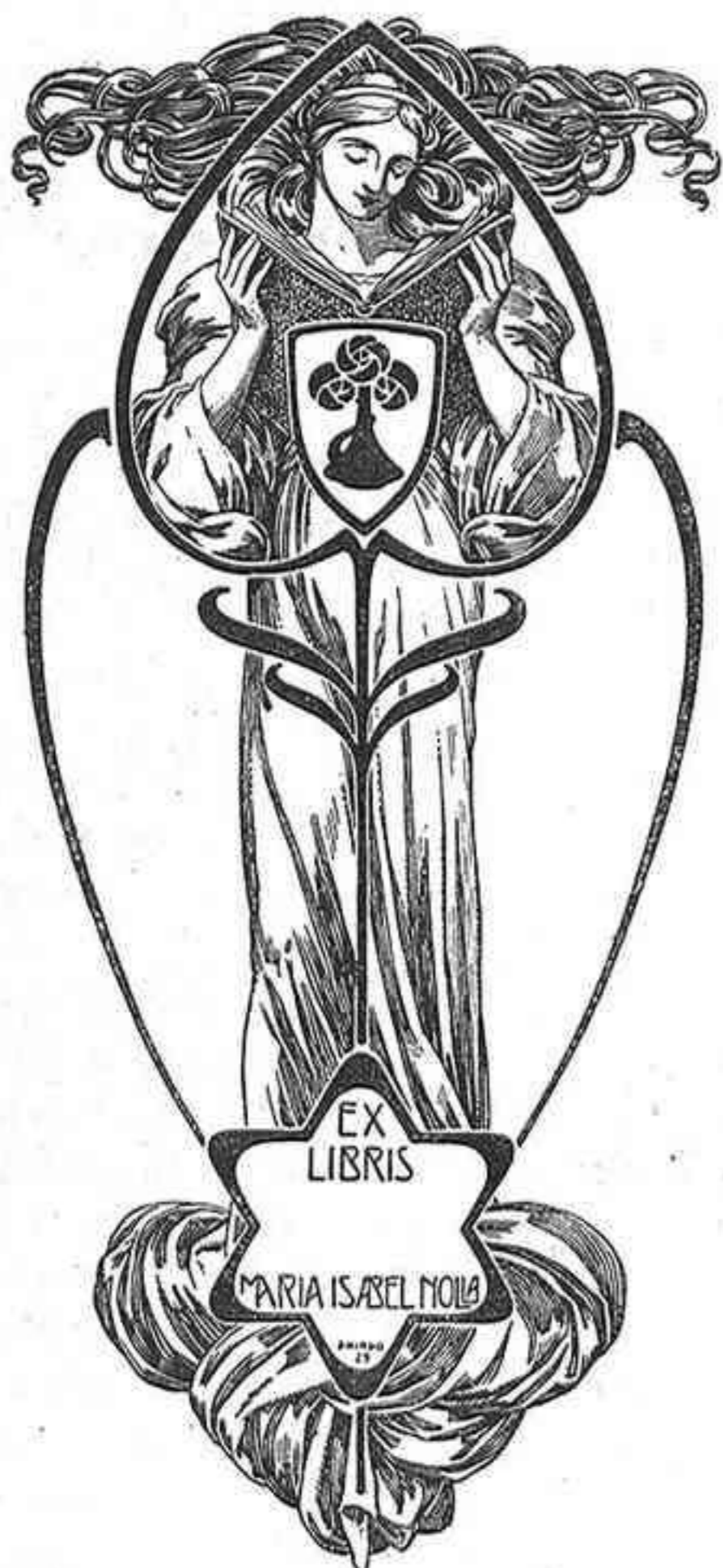
Esta expresión figurada preséntase en forma descriptiva, y de tal suerte, que interesa y explica la idea que se propone representar. Es el atributo que más interesa y agradablemente influye en el ánimo, puesto que se sobrepone á todas las metáforas, por el ingenio que revela, derivándose de la vida del movimiento y de la acción.

tas diversas significaciones, componiendo con sus representaciones verdaderos emblemas, como puede observarse en los heráldicos del Mikado y de los daimios de la misteriosa Nipón.

Los mismos monarcas, deseosos de expresar determinadamente su personalidad, utilizaron, además de sus reales armas, divisas especiales que, como la empleada por el emperador Carlos I, representando el sol colocado sobre el zodiaco y la leyenda *Non-dum in auge*, sintetizaba sus aspiraciones, y las dos coronas emblemáticas de Enrique III, representativas de los reinos de Francia y Polonia, sobremonta-

sus nombres ó el título de sus establecimientos en los trabajos que ejecutaban, sin parar mientes que sus antecesores adoptaron emblemas especiales que imprimían al final de los libros que salían de sus talleres, á modo de marca ó divisa.

El renacimiento literario y artístico moderno influyó poderosamente en esta rama especial, y la iniciativa de algunos autores, especialmente catalanes, que, como Mariano Aguiló, Jacinto Verdagué, Ca-



EX LIBRIS dibujado por J. Triadó



EX LIBRIS dibujado por Alejandro de Riquer



EX LIBRIS dibujado por J. Triadó

Este propósito de condensar y hasta cierto punto encubrir sintéticamente el pensamiento, no es peculiar ni distintivo de pueblos ni períodos, ya que se transmite á través de los siglos, adoptando representaciones figuradas, lo mismo los señores que los humildes artesanos, para sus heráldicos emblemas ó para determinar su profesión. Los galos adornaron sus escudos con la representación de la cabeza de un animal, y los romanos ostentaban en la misma arma protectora los atributos de la legión á que pertenecían. En el siglo XII empezaron á distinguirse las mesnadas señoriales por marcas ó blasones per-

das por otra mayor, con la leyenda *Manet última celo*, los piadosos deseos del monarca francés.

Los atributos adoptados por los artesanos como distintivos de su profesión, que vemos esculpidos en las grandes losas que cierran las sepulturas de los respectivos gremios ó cofradías en nuestras catedrales, utilizáronse también en la forma que podía aplicarse por los primeros impresores que, como los Aldos de Venecia, los Fioven de Basilea, los Elzevir de Amsterdam, Le Noir y Etienne de París, y Mateo Flandro de Zaragoza, Bartolomé Segura de Valencia, Centenera de Zamora, Arnaldo Guillén de

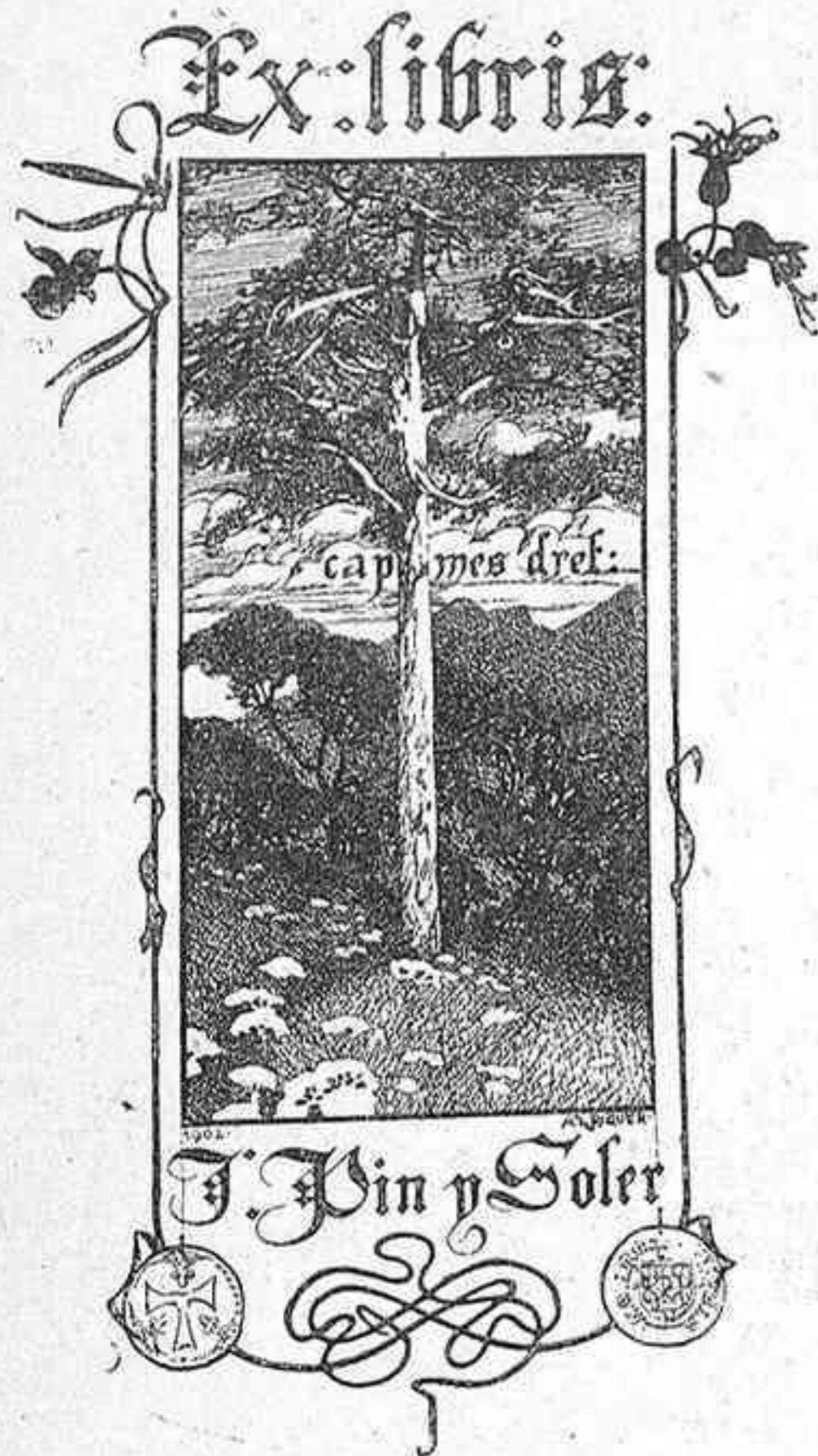
bot, Oller, Matheu y otros más, que adoptaron emblemas, divisas ó marcas para aplicarlas en la portada ó al final de sus obras, fué imitado por algunos tipógrafos que, como Luis Tasso, eligió la representación de un yunque, como significativa del origen de su apellido.

La marca de fábrica ó el sello ó timbre personal ha casi desaparecido, y al aumentar la general cultura, y con ella la esfera de acción del Arte, se ha transformado por completo el emblema, surgiendo á su bienhechora influencia el tradicional *ex libris*, pero avalorado por la discreción del concepto y por

los elementos artísticos que intervienen en su figurada interpretación. Los más aventajados artistas no rehusan hoy su concurso, á imitación de lo que hi-

dio del arte moderno. Plausible emulación y nobilísimo palenque se ha establecido, y parece como si los dibujantes y pintores porfiaran en explicar, por medio tan galano, con el auxilio de formas ó representaciones hábilmente ejecutadas, caracteres tendencias, individualismos, esforzándose en interpretarlos de manera clara y concreta, que no dé lugar á dudas ó vacilaciones y que aun con las condi-

Ya no se circunscribe al deseo de distinguirse ó personalizarse, á la adopción de simples marcas industriales, puesto que las bibliotecas públicas y las particulares adhieren á los libros un sello distintivo de la fundación, procedimiento que se ha hecho extensivo á varios tipógrafos y que ha implantado



EX LIBRIS dibujado por Alejandro de Riquer



EX LIBRIS dibujado por H. Gannaway



EX LIBRIS dibujado por Alejandro de Riquer

cieron sus antecesores, entre ellos el célebre Arfe, á quien se deben notabilísimas portadas, y actualmente se reunen y coleccionan, considerándolos como manifestaciones estimables y dignas de estu-

ciones peculiares del enigma resulte fácil de adivinar, avalorándolo con las galas distintivas del arte. La intervención del arte ha sido altamente beneficiosa.

también un crecido número de aquellos que traducen en el libro las manifestaciones de su inteligencia.

(Concluirá.)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijan para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B^{IN} BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL D^R DELABARRE

Frasco 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Póne y conserva el cutis limpio y terso.
 CANDES et C^o 27 St-Denis, 146 en París

VINO AROUD
CARNE-QUINA
 MEDICAMENTO - ALIMENTO
 El más poderoso **REGENERADOR**
 Prescrito por los Médicos
 Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza, etc.
 102, Rue Richelieu, PARIS
 Y EN TODAS FARMACIAS DEL EXTRANJERO

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 à 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS REYES
JORET Y HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
F^{ra} G. SEGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ZOMOL
Z
 JUGO DE CARNE DESECADO

ZOMOTERAPIA
EL ZOMOL PLASMA MUSCULAR
 (Jugo de carne desecado)
 PREPARADO EN FRIO, encierra los preciosos elementos reconstituyentes de la carne cruda. Prescrito en la
TUBERCULOSIS, la NEURASTENIA,
 la **CLOROSIS, la ANEMIA,**
 la **CONVALENCIA;** etc.
 Tres cucharaditas de café de Zómol representan **EL JUGO DE 200 GRAMOS DE CARNE CRUDA.**
 PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
GATARRO - ASMA - OPRESIÓN
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.



Una partida de croquet, cuadro de Juan Lavery

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**AGUA LÉCHELLE****HEMOSTÁTICA**

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

ENFERMEDADES
ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rótulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 RSALDES.

Exigir en el rótulo a firma
DETHAN, Farmaceutico en PARIS

VINO
NOURRY

Por su sabor
agradable y
su eficacia en
los casos
de

ANEMIA
DEBILIDAD
LINFATISMO y
ENFERMEDADES
del **PECHO**

Sustituye con ventaja
á las Emulsiones y
al Aceite de Hígado de Bacalao.

CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias. 632

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL

prescrito por los Médicos en los casos de

ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.

102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.